

*La chica que
soñaba con
un anillo*



Olivia Kiss

La chica que soñaba con un anillo

#1 Serie Chicas Magazine

Sinopsis

Jane, perfeccionista y correcta, trabaja en la revista Golden Miller como redactora de la sección de bodas. Y, por supuesto, siempre ha soñado con casarse y tener un enlace perfecto, pero, hasta la fecha, su príncipe azul no ha aparecido y se conforma con acudir a las ceremonias de boda de la jet set de Nueva York para realizar reportajes completos.

Sin embargo, su trabajo soñado se convierte en una pesadilla cuando le asignan a Gabe Jenkins como compañero después de que este cometa una infracción y el jefe lo relegue de su habitual puesto como redactor deportivo. Gabe no solo no cree en el amor, sino que además es insolente, poco dado a seguir las normas y el polo opuesto de Jane.

¿Conseguirán entenderse siendo tan distintos?

1

Jane acababa de poner el punto final al último artículo del día cuando Zoe abrió la puerta de su despacho; entró con una sonrisa en la cara, cerró y después dejó escapar un grito ensordecedor, como si no fuese a escucharse a través de las paredes finas del edificio en el que trabajaban. Jane puso los ojos en blanco, la ignoró y repasó lo que había escrito.

Su amiga Zoe solía entrar en su despacho una media de entre quince o veinte veces al día, normalmente por cosas que, desde luego, no eran *importantes*, como el hecho de que hubiese descubierto la referencia de ese pintauñas tan bonito que no encontraba o para relatarle con pelos y señales alguna de sus noches locas mientras Jane intentaba concentrarse en narrar todo lo contrario; un enlace clásico y duradero.

—Tengo que mandar esto, Zoe —protestó.

—¡Pero es que es una noticia increíble! ¡No podía esperar! —Abrió las rendijas de la persiana y miró a través del hueco a algunos compañeros que trabajaban en la sala central dividida en cubículos—. Es totalmente confidencial. Al menos, hasta dentro de unas horas...

Eso logró captar la atención de Jane.

Suspiró y dejó lo que estaba haciendo.

—Está bien. Suéltalo ya, vamos —le pidió.

—¡Voy a hacer una sustitución! ¿No es genial?

—¿Una sustitución? Pero eso... es imposible.

Y era *imposible* porque Zoe trabajaba con ella. Eran uña y carne, ventilador y calor, drama y chocolate. Es decir, que siempre estaban juntas; no solo en un ambiente laboral, también cuando terminaban la jornada, dado que vivían juntas. A pesar de que no se parecían absolutamente en nada, Jane la necesitaba en su vida más que a cualquier otra persona. De alguna manera, Zoe era su contrapunto.

—Al parecer, Gabe Jenkins la cagó. Otra vez, sí. Así que lo van a *castigar* apartándolo de su puesto durante un par de meses. ¿Y adivina quién lo ocupará mientras tanto...?

—Tú, claro. Pero eso significa que... oh, ¡Dios mío, no puede ser! ¡Dime que es imposible!

Jane se llevó las manos a la cabeza. Si Zoe era su compañera e iba a ocupar el puesto de Gabe, todo indicaba que él... pasaría a trabajar con ella. Respiró hondo para intentar calmarse, pero fue en vano, porque la mera posibilidad de poder estar en lo cierto era escalofriante.

Gabe Jenkins era conocido en la redacción por tres cosas. Uno, por haberse acostado con más del cincuenta por ciento de las mujeres que trabajaban en plantilla. Dos, por ser un cretino arrogante e idiota. Tres, porque era uno de

los mejores redactores de deportes.

A Jane eso le importaba bien poco. Hasta la fecha, Zoe y ella se habían apañado perfectamente. Acudían las dos juntas a los enlaces de bodas que debían cubrir, resumían el acontecimiento sacando fotos o realizando una entrevista si era el caso y, después, lo pulían todo en la redacción antes de mandar el reportaje completo, con los textos acompañados por las imágenes del encuentro. Llevaban haciendo eso mismo durante los últimos tres años y, aunque Jane sabía que el sueño de su amiga siempre había sido poder trabajar en el mundo deportivo al que ahora iban a destinarla, no podía evitar sentir una opresión en el pecho, porque a Jane no le gustaban los cambios ni las cosas que escapaban de su control.

—¿Estás bien? —Zoe la miró preocupada.

—Dime que todo esto es una broma...

—Jane, cielo, no es para tanto, tan solo serán un par de meses y, por desgracia, después le devolverán su puesto de trabajo a ese idiota arrogante y a mí me darán la patada.

—Zoe, ¡¿no ves cuál es el problema?! ¡Esto es una locura! —Jane se levantó de la mesa, apoyó las manos en el escritorio e intentó mantener la calma respirando hondo, pero conforme la idea de lo que iba a ocurrir calaba más en su interior, la presión se volvía más y más fuerte—. ¿Cómo voy a trabajar con Gabe Jenkins? Es el demonio. Lo contrario al amor. ¿Y recuerdas a qué me dedico? ¡A narrar enlaces DE AMOR! —reiteró alterada.

—Cálmate, seguro que encontrarás la manera de...

Zoe se interrumpió cuando llamaron a la puerta del despacho. Era Ava Bell, la nueva secretaria del jefe de la revista Golden Miller, Dominic Miller. Cuando les pidió amablemente si podían acompañarla hasta el despacho del director, las dos enmudecieron y la siguieron por los pasillos llenos de escritorios y del sonido de los ordenadores y de murmullos.

La revista en la que trabajaban era una de las más prestigiosas del país. Los Miller la habían fundado décadas atrás y, actualmente, tras retirarse, la habían dejado en mano de sus tres hijos, aunque, en realidad, el único que parecía estar sentado en el trono era Dominic, el hijo mayor de la familia. Su hermano Blake era conocido por ser un mujeriego incorregible y aparecía por las oficinas cuando le venía en gana, algo parecido a lo que también hacía la pequeña de los Miller, Olivia. Así que, aunque los trabajadores de la revista respetaban a los tres socios, al que verdaderamente todos temían era a Dominic. De hecho, entre los pasillos se lo conocía como *la Bestia*, tal como lo habían apodado.

Y es que Dominic era un poco así. Una bestia. De mirada afilada y gris, rostro anguloso y atractivo y una seguridad en sí mismo que conseguía empuñecer a cualquiera que se le pasase por delante. O eso fue lo que pensó Jane en cuanto entró en su despacho acompañada por Zoe, antes de que la secretaria cerrase la puerta dándoles privacidad.

—Siéntense, señoritas —ordenó Dominic.

Jane y Zoe se acomodaron en las sillas y, antes de que pudiesen decir nada, la puerta del despacho volvió a abrirse y Gabe Jenkins entró. Llevaba el pelo rubio un poco despeinado, los ojos negros encendidos y su expresión no era nada amistosa.

—Llegar tarde no te hará sumar puntos —le dijo Dominic.

—Había tráfico —mintió Gabe, sentándose.

—Bien, supongo que ya te habrás enterado de cuál va a ser tu castigo. —*La Bestia* se recostó en su carísimo sillón y suspiró como si estuviese cansado de tener que tratar con niños y no con adultos, o como si aquella reunión le pareciese de lo más aburrida—. A partir de ahora trabajarás con la señorita Jane Davis. Como sabes, se encarga de la sección de bodas, una de las más leídas, así que espero que te lo tomes muy en serio, porque, si no, este apaño dejará de ser temporal y se volverá definitivo.

—¡No, por favor! —gritó Jane llevándose una mano al pecho. Cuando se dio cuenta de que todos la miraban algo asombrados, carraspeó—. Quiero decir, que no... que no será necesario, seguro que el señor Jenkins trabaja asombrosamente bien.

—Eso espero. —Dominic alzó una ceja.

—¿Algo más? —preguntó Gabe de mal humor.

—Sí. Jane, hazle un hueco en tu despacho e infórmale de cuáles serán sus tareas y todo lo que debe saber. Yo me encargaré de poner al día a Zoe —añadió mirando a su amiga y, como tardaron más de unos segundos en

levantarse, les dirigió una mirada iracunda que a Jane le aceleró el corazón—. ¿Se puede saber por qué seguís aún aquí?

—Pe-perdone. —Se puso en pie.

Después salió de allí a toda prisa y solo respiró hondo cuando se alejó unos metros de la puerta cerrada del despacho. Sin embargo, su ceño se frunció al oír una risita tras ella. Se giró. Gabe se reía burlón mientras la seguía. Jane frenó en seco.

—¿Qué demonios te hace tanta gracia?

—Tú. Y el palo que tienes metido por...

—¡¿Perdona?! No me conoces de nada.

—No, pero parecía que te iba a dar un infarto ahí mismo.

—Será porque le tengo algún respeto a mi jefe.

—Yo no lo llamaría *respeto*, era más bien *miedo*.

—Cierra la boca y camina. No tengo todo el día —gruñó Jane antes de avanzar por el pasillo andando con la espalda muy recta y la cabeza alta. No le gustaba aquella situación. No le gustaba Gabe Jenkins ni su mirada juguetona. No le gustaba dejar de trabajar con su mejor amiga para pasar a hacerlo con un tipo que tenía pinta de saber desabrochar un sujetador con los ojos cerrados más rápido que ella. Y, por supuesto, no le gustaba que algo se saliese de su control, cuando ella se esmeraba tanto en llevarlo siempre todo organizado en su agenda, en el calendario que tenía colgado encima del escritorio y en la nevera de su casa.

No, a Jane no le gustaba nada de aquello.

2

Gabe la siguió por el pasillo mientras se fijaba en esa manera que tenía de caminar, como si fuese una jirafa y quisiese demostrarle al mundo que lo tenía todo bajo control, cuando, en realidad, dentro del despacho de Dominic Miller parecía a punto de desmoronarse.

Paseó la vista por la camisa blanca que se ajustaba a sus hombros y la falda un par de centímetros por debajo de la rodilla que dejaba a la vista las piernas cubiertas por unas medias finas que terminaban en los altos zapatos de tacón. A Gabe le gustó lo que vio. Aunque le hubiese gustado aún más si no fuese acompañado por ese halo de contención que parecía envolverla. Tuvo la sensación de que era como estar detrás de una olla a presión.

Intentó reprimir una sonrisa, en vano.

No es que precisamente le divirtiese la situación, porque estaba jodido, pero al menos tener al lado a Jane iba a ser divertido. Le recordaba a una pequeña rata de biblioteca, justo el prototipo de chica a la que él jamás se acercaría porque, para empezar, a Gabe le gustaban las mujeres libres, que no se callaban lo que pensaban y que estaban dispuestas a ser muy malas en la cama. Jane parecía todo lo contrario: perfeccionista, sosa, frígida.

Sin embargo, como estaba de un humor de perros después del *castigo* que

el jefe le había impuesto tras ese altercado en el que no quería pensar, decidió ver el vaso medio lleno con la esperanza de, al menos, poder divertirse durante aquel tiempo a costa de Jane Davis.

Cuando entró en su despacho, empezó a preocuparse. Lo miró todo alucinado. Nunca había estado allí, a pesar de que conocía a Jane de vista y de las fiestas de trabajo a las que todos acudían. Por suerte, encargándose de los deportes, jamás había necesitado ayuda de la sección de bodas. Y, desde luego, aquella estancia hacía honor a su trabajo.

Todo estaba decorado en tonos blancos y rosas. Era como si acabase de entrar en el castillo de una princesa. Gabe parpadeó, sorprendido, dando una vuelta a su alrededor mientras Jane se sentaba en su escritorio. Las paredes estaban cubiertas por varios corchos y, en ellos, había recortes de reportajes de bodas de famosos o fotografías de Jane y Zoe con los protagonistas del encuentro. Recuerdos, como tiras de celofán, o catálogos de trajes de novia y de decoración que se apilaban en la mesa llena de bolígrafos estrafalarios.

—¿Era lo que esperabas? —preguntó Jane.

—No. Joder, claro que no.

—Pues ve acostumbrándote.

—Es como el despacho de una adolescente.

—Yo lo llamaría *un despacho agradable, colorido y luminoso* —lo corrigió enfadada y, tras anotar algo en su agenda, la cerró con un golpe seco y lo invitó a sentarse en la silla que tenía delante del escritorio— Tenemos

muchas cosas que aclarar, así que intentaré ir directa al grano.

Gabe sonrió al percibir ese tono tenso que acompañaba cada una de sus palabras. También sus movimientos. En realidad, a pesar de estar dentro de un entorno tan rosa y tan pomposo, Jane seguía pareciendo un pequeño robot a punto de estallar o de sufrir un cortocircuito.

—Adelante, soy todo oídos.

—Bien. En primer lugar, es importante que sepas que tenemos un horario de trabajo peculiar, aunque supongo que no será nuevo para ti después de cubrir partidos. Normalmente trabajamos los fines de semana al medio día y por la noche, dependiendo de cuándo se celebre el encuentro en cuestión. Espero que tengas ropa adecuada.

—¿De verdad es necesario asistir a la boda?

—¿De verdad es necesario ver un partido para hablar de él al día siguiente?

—contratacó ella.

—No compares... ¿cómo puedes comparar...?

Jane suspiró sonoramente antes de ignorarlo.

—La cuestión es que necesito que mañana por la noche te vistas de forma adecuada, me acompañes al encuentro de Katie Son y Adam Preston y te mantengas callado durante un par de horas. Por si no lo entiendes, la revista paga una suma importante de dinero para poder cubrir el evento en exclusiva.

—No se molestó en explicarle que ella era una antigua conejita Play Boy y él uno de los hijos de un actor famoso que no había tenido demasiado éxito al

intentar seguir los pasos de su padre—. Y da gracias de que este enlace no es de los más importantes, porque ya te adelanto que en otros el reportaje incluye entrevistas o sesiones de fotos de la pareja. Bien, ¿tienes alguna duda?

Gabe alzó las cejas y arrugó la frente antes de sonreír.

—Sí, ¿cómo consigues no querer pegarte un tiro?

—Muy gracioso. —Jane lo miró. Sus ojos brillaron—. Conozco a los tipos como tú, Gabe. Conozco a los tipos narcisistas y engreídos. Conozco a los tipos aficionados a pasar más tiempo debajo de las faldas de una mujer que a trabajar como es debido...

—¿Debajo de las faldas de una mujer? —Él la interrumpió e intentó reprimir la risa—. ¿De qué época has salido? Cualquiera podría confundirte con Jane Austen —se burló.

—Pero no dejaré que entorpezcas mi trabajo. Porque esto que ves aquí y que a ti te hace tanta gracia —prosiguió señalando el despacho—, es mi vida. Y por desgracia tú has ido a parar a mi vida, lo que, créeme, es tremendamente injusto. Sin embargo, me gusta pensar que soy una persona resolutiva y no me queda más remedio que procurar que tu paso por aquí ensucie lo menos posible mi brillante carrera. Así que, si estás pensando en comportarte como un idiota solo porque el jefe te ha *castigado* por vete tú a saber qué, te aconsejo que ni te molestes en intentarlo.

—Mmm, me gusta cuando sacas las garras...

Jane respiró hondo antes de apartar la mirada de él, porque no le gustó el brillo peligroso que encontró en sus ojos oscuros ni lo atractivo que resultaba su rostro cuando sonreía de esa manera, seguramente pensando en cosas que a Jane jamás se le pasarían por la cabeza. Para empezar, porque hacía más de un año que no mantenía relaciones sexuales. Y, además, ella jamás había estado cerca de un hombre como Gabe. No. A ella le gustaban más los tipos correctos, con estilo, esos que abrían la puerta del coche por simple amabilidad.

Tragó saliva. Había algo en ese hombre que la hacía sentir desnuda. Se fijó en su pelo rubio algo revuelto, puede que porque hubiese pasado la noche con una chica de piernas largas antes de dirigirse directamente al trabajo, y después bajó hasta esos labios que al parecer habían probado más de la mitad de la plantilla de la revista, incluidas las becarias temporales.

Incómoda, señaló la puerta con la mano.

—Te haré un pequeño informe para aclararte tus funciones —añadió, deseando que Gabe desapareciese por la puerta—. Pero ya te adelanto que será fácil y, si tienes alguna duda, siempre puedes acudir a Gina Allen, la chica de prensa rosa; a veces nos echa una mano con algunos reportajes. Y en cuanto a mañana, te aconsejo que estés listo en torno a las seis. Un coche de la empresa pasará a recogerte. Eso es todo.

Gabe se levantó de la silla y le dirigió una mirada perezosa antes de poner los ojos en blanco y encaminarse hacia la puerta. Jane no pudo evitar fijarse

en que llevaba la camiseta arrugada (le habría encantado poder alisarla con las manos) y después sus ojos descendieron hacia ese trasero masculino enfundado en unos vaqueros gastados y sintió que se quedaba sin aire. Qué injusto era que tipos como Gabe Jenkins tuviesen ese aspecto...

3

Como casi todos los jueves, las chicas se reunieron en un restaurante cerca de Chinatown. Era un sitio tranquilo, con un ambiente agradable, en el que servían los mejores mojitos del mundo. Jane llegó un poco tarde, vestida con unos pantalones negros y sobrios y una camisa beige que había encontrado rebajada la semana anterior. Se sentó en la mesa habitual tras saludar a sus amigas y pidió una copa de vino en cuanto vio pasar a un camarero.

—¿Y bien? —Gina la miró nerviosa.

—Oh, no, es lo último que necesito ahora...

—¡Pero tienes que contárnoslo todo! —insistió.

Jane dejó escapar un suspiro de fastidio mientras le servían la bebida. Dio un trago largo sin apartar la mirada de sus dos amigas. Las tres se conocían desde hacía años.

Gina llevaba al frente de la prensa rosa desde los veinticinco, después de pasar una época dando tumbos de un medio a otro sin encontrar su hueco. Tuvo la suerte de entrar a trabajar en la revista poco después de que acabase de jubilarse la anterior persona que ocupaba el puesto, de ahí que, a pesar de su juventud, pues actualmente solo tenía veintiocho años, pudiese dirigir una de las secciones que más audiencia tenían, sobre todo en la parte online.

En cambio, Zoe había empezado a trabajar en Golden Miller gracias a Jane. Ellas se habían conocido en la universidad, cuando las dos estudiaban periodismo. A pesar de que no podían ser más distintas, porque Zoe era directa, alocada e impulsiva y Jane era reservada y poco dada a dejarse llevar, conectaron desde el primer instante en el que sus caminos se cruzaron durante una fiesta en el campus. Y tras un par de cervezas, terminaron compartiendo habitación al año siguiente. Al terminar la carrera, se mudaron juntas a un piso diminuto a las afueras de Nueva York y, cuando Jane consiguió un puesto de trabajo en la revista y, a pesar de que el sueño de Zoe era dedicarse a algo enfocado a los deportes, logró que también la cogiesen a ella. Llevaban siendo compañeras dos años.

—Es insoportable... —comenzó a decir Jane.

—También está tremendo —añadió Gina—. La última becaria que tuve casi se dislocó el cuello cuando lo vio pasar por el pasillo hacia las oficinas generales.

Jane le dio un sorbo a su copa de vino.

—Ni todo el atractivo del mundo podrían contrarrestar esa boca que tiene —masculló.

—No sé si eres consciente de que tal como lo has dicho suena muy sucio. —Zoe se echó a reír a pesar de que Jane empezó a sonrojarse—. ¿Qué? ¡No me mires así! Sé que no eres de piedra. Y también sé que van a ser unos meses difíciles para ti y de verdad que lo siento mucho, pero... al menos

podrás alegrarte con las vistas.

Gina ahogó una carcajada y Jane suspiró incómoda.

—No quería... —Jugueteó con su servilleta—. Sé que para ti es una gran oportunidad, Zoe, es solo que me ha venido muy de sopetón. Me acostumbraré.

Zoe frunció el entrecejo y miró preocupada a su amiga. Sí, ella sabía que para Jane aquello habría sido un buen golpe, sobre todo porque siempre intentaba anteponerse a ese tipo de sucesos inesperados y en aquella ocasión no lo había visto venir. Pero, pese a todo, Zoe no podía evitar sentirse feliz por tener la oportunidad de demostrar al fin que valía para formar parte de la sección deportiva y tenía el presentimiento de que, tras tantos años asentada y con una rutina tan marcada, a Jane le vendría bien salir de su zona de confort.

—Seguro que sabrás manejarlo —dijo.

Gina apartó el plato cuando terminó de cenar y, al ver pasar al camarero cerca, pidió tres mojitos y le dedicó una sonrisa deslumbrante. Con su escaso metro cincuenta y poco de estatura y su bonito rostro aniñado, Gina tenía algo que llamaba la atención; quizá era porque tenía una gran energía y parecía capaz de hacerse cargo de cualquier situación. Igual que Zoe, que era tan firme en sus convicciones y poseía cierta tendencia vengativa cuando alguien le tocaba la moral. Nada que ver con Jane, que estaba lejos de asemejarse a ambas.

Estuvieron un rato más hablando de todo un poco, del trabajo y de sus

vidas, de lo poco interesantes que eran los hombres que conocían y de los últimos chismes que se habían oído en los pasillos de la revista. Cuando iban por el segundo mojito, Gina sonrió.

—Se rumorea que Gabe se tiró a la hermana del jefe...

—¿Estás bromeando? —Jane la miró alucinada.

—No. Podría ser. —Gina se encogió de hombros.

—Resulta un poco raro que lo *castigue* por algo así —apuntó Zoe pensativa—. Yo había escuchado que tenía que ver con una pelea en mitad de un partido.

Jane las miró a las dos en silencio. Ella no se había enterado de nada de todo aquello porque, como siempre, había estado más centrada en su trabajo, dentro de la seguridad de las paredes de su despacho.

—Vale, ahora que vas por la segunda copa —le dijo Gina—, creo que ya va siendo hora de que nos cuentes algo jugoso sobre Gabe. ¿Has estado cerca de él? ¿A qué huele?

—¡Por Dios, Gina! Necesitas un hombre ya.

—¡Ni que lo digas! Hace dos meses que no echo un polvo. Ya no recuerdo cómo se hacía.

—A mí me pasa lo mismo. —Zoe suspiró dramáticamente.

—¿Pero no te acostaste hace un par de semanas con ese ejecutivo?

—Pues eso. Hace *un par de semanas*. Tengo poca memoria.

Las dos se echaron a reír antes de cambiar de tema y seguir hablando.

Jane no dijo nada. Bajó la mirada hasta su copa y después se bebió lo que quedaba porque no sabía muy bien qué hacer con las manos. A veces le ocurría aquello, de repente se sentía fuera de lugar, incluso con sus mejores amigas, esas que la conocían mejor que nadie. Pero siempre había sido así. Ya en el instituto, Jane se había centrado en sus estudios porque no lograba dejar de sentirse como un bicho raro entre las demás chicas. La seguridad de los libros de texto, de las calificaciones y la vista puesta en el futuro la habían impulsado a ser la mejor de su promoción. De hecho, si Jane hubiese querido, podría haber ocupado un puesto mucho más prestigioso a los ojos de los demás, como el trabajo que una cadena le ofreció para la sección informativa. El problema era que a Jane le encantaban las bodas...

—¡Jane! ¡Te estamos hablando! —Se quejó Gina.

—Perdona, ¿qué decíais? —Las miró distraída.

—Decíamos que deberías acostarte con alguien.

—Ya, sería una bonita ilusión, pero no, gracias.

—¿Por qué no? —insistió Gina.

—Porque no hay nadie que me interese lo suficiente.

—No tiene que interesarte a un nivel intelectual, Jane. Basta con que te ponga a tono y te apetezca pasar un rato divertido. Soltarte esa melena —añadió Zoe echándole un vistazo a la coleta en la que Jane aún llevaba recogido su cabello oscuro.

—¿Y qué sentido tendría eso? Quiero conocer al hombre de mi vida, no

acostarme con cualquiera. Son dos cosas muy diferentes. Sé que para la gente de hoy en día...

—¿*La gente de hoy en día*? ¿Es que tú vives en otra época?

Jane parpadeó sorprendida al darse cuenta del significado de sus propias palabras y se enfureció cuando recordó que esa misma mañana el idiota de Gabe Jenkins le había dicho que parecía salida de la época de Jane Austen, quien, por cierto, era una de sus autoras preferidas. Respiró hondo y pensó que en cierto modo sí, se sentía como si formase parte de otra época. Le habría gustado. No hacía falta irse a la prehistoria, tan solo unos años atrás, cuando una podía tener citas sin que la otra parte esperase terminar la primera noche en su apartamento, por ejemplo. O cuando una sola mirada significaba un mundo entero.

—Es solo que no me siento cómoda. Ya sabéis lo que ocurrió la última vez. Salí con ese tipo... ¿cómo se llamaba? Anton o Austin, de contabilidad. Menos mal que se fue unos meses después. Fue horrible. No solo la cena, también lo de después.

—Refréscame la memoria. —Gina la miró con atención.

—Hay poco que refrescar, ese es el problema. El tipo fue agradable, correcto. Terminamos en su apartamento y me invitó a una copa. Nos besamos... —suspiró hondo e ignoró el gesto que su amiga le hizo para que se diese prisa en continuar hablando—. Una cosa condujo a la otra y media hora después estábamos desnudos en su cama.

—¿Y cuál fue el problema? Suena genial.

—Pues no lo fue. Me la metió, la sacó y ya está, fin. —Gina y Zoe dejaron escapar una pequeña risita mientras Jane las fulminaba con la mirada—. No es gracioso. No sentí nada. Y no es la primera vez que me ocurre. Al anterior tipo con el que intenté acostarme ni siquiera se le levantó. Ese día, mientras volvía a casa, me prometí que no volvería a hacer algo que en realidad no me provocaba ningún tipo de placer. Tan simple como eso.

—Siempre hay ranas en todos los estanques...

—De verdad que os agradezco que os preocupéis por mi vida sexual, pero no pienso perder el tiempo de cama en cama. Está decidido.

—¿Vas a ser célibe para siempre? —Gimió Gina.

—Tan solo hasta que encuentre al hombre indicado.

Gina y Zoe intercambiaron una mirada preocupada antes de pedir otra ronda. Después, cuando la madrugada las sorprendió, salieron del local y se despidieron en la puerta, puesto que Gina vivía en la otra punta de la ciudad. Luego cogieron un taxi y se dirigieron al apartamento que compartían sumidas en un silencio cómodo y en esa sensación relajante que aparece tras ingerir un par de copas. Al llegar a casa, Zoe dejó su abrigo sobre el abrazo del sofá. En cambio, Jane lo colgó rápidamente en una percha que metió en su armario.

Se acurrucó junto a Zoe en el salón, aprovechando que al día siguiente las dos entraban a trabajar tarde. De hecho, Jane no lo haría hasta las seis,

cuando el coche de la empresa pasase a recogerla para llevarla a la boda que debía cubrir. Esa en la que Gabe también estaría.

Cuando su amiga se dio cuenta de lo intranquila que estaba, la miró.

—¿Estás bien, Jane?

—Sí, claro que sí.

—Sé que no. —La interrumpió—. Pero ya verás, seguro que todo saldrá bien. Puede que Gabe sea un canalla al que le encanta tontear, pero recuerda que también es el mejor de la sección deportiva, seguro que no será tan difícil trabajar con él.

—Ya. Y es una gran oportunidad para ti...

—Sí que lo es. Espero no cagarla.

—Seguro que no. Lo harás increíble, Zoe.

Se sonrieron y, después, le echaron un vistazo al videoclub online. Si le hubiese tocado elegir película aquel día a Zoe, seguramente habrían terminado viendo *La jungla de cristal* o *Venganza*, pero como era el turno de Jane, tocó ver por enésima vez en lo que iba de año *Titanic*. Algo soñolienta por los mojitos, se recostó en el brazo de su amiga y suspiró encantada mientras la historia de Jack y Rose avanzaba lentamente.

4

Gabe se miró en el espejo y soltó un gruñido de frustración. Se sentía ridículo dentro de aquel traje ajustado que hacía años que, por suerte, no se veía obligado a usar. Se ajustó los puños de la camisa justo cuando llamaban al timbre.

Cuando bajó a la calle, vio que Jane ya estaba allí, metida en el asiento trasero de aquel taxi con el mentón alzado y el gesto serio, como siempre. Entró por la otra puerta y se sentó a su lado. La miró mientras empezaban a circular por las calles de Nueva York. Se fijó en su vestido clásico, largo hasta los pies, no fuese a ser que una porción de piel quedase a la vista. Ella también paseó la vista por su traje y arrugó levemente la nariz.

—¿Algún problema? —cuestionó él.

—Pasado de moda —respondió.

—¿Cómo dices?

—El traje. Que es de hace cuatro temporadas.

—¿Y eso debería preocuparme porque...?

—Porque vamos a una boda importante.

Él hizo un gesto despectivo con la mano y luego posó la mirada en la ventanilla del coche. Jane no pudo evitar echarle otro vistazo y tragar con

cierta dificultad. Lo cierto era que nadie se fijaría en si el traje era de ese siglo, porque Gabe Jenkins podría haberse puesto una bolsa de basura y resultaría igual de atractivo. Tenía un aire masculino y peligroso, con la mandíbula recién afeitada y marcada y ese pelo revuelto que por alguna misteriosa razón le daba aspecto de haber estado practicando sexo minutos antes de subirse al taxi. Y, aunque no fuese verdad, todo ello le confería un halo seductor que a Jane la llenaba de inquietud.

Gabe se giró y la miró por encima del hombro.

—¿Qué pasa? ¿Te gusta lo que ves?

—Un montón de estiércol me gustaría más.

Él se echó a reír, como si le hiciese mucha gracia.

—Sí, ya, claro —resopló y volvió a ignorarla.

Jane intentó tragarse sus palabras, pero esa mirada de suficiencia que le había dirigido la incomodó más de lo esperado. ¿Quién se pensaba que era? Puede que la mitad de las mujeres se enamorasen de él con un pestañeo, pero Jane no era como todas esas mujeres. Ella quería a un hombre de verdad. Uno bueno, amable y fiel. Uno que no tuviese esa sonrisa canalla ni ese aire misterioso que la ponía tan nerviosa. Las palabras le salieron solas.

—Lo que veo es a un tipo vacío y tópico, que en todo caso solo me serviría para pasar una noche divertida que olvidaría horas después y nada más. Espero que eso responda a tu pregunta sobre si me gusta lo que veo. —No supo de dónde sacó el valor, pero quiso dejar claro que, por envidiable que

fuese su físico, ella jamás se enamoraría de alguien como él.

Gabe la miró de soslayo y luego le mostró una sonrisa lenta y perezosa.

—Te equivocas en algo...

—Te aseguro que no.

—Si pasases una noche divertida conmigo, puedes estar segura de que no la olvidarías en toda tu vida, ratita —susurró, acariciándola con cada sílaba.

Jane parpadeó. Estaba sorprendida por sus palabras, por el tono ronco de la voz de Gabe y el leve cosquilleo que sintió, y por el apelativo con el que la había llamado.

—¿Ratita? —preguntó jadeando.

—De biblioteca. No te lo tomes a mal.

—¿Cómo demonios puedes ser tan...?

—Lo digo con cariño. Vamos. —No la dejó terminar.

Hasta ese momento, Jane no se dio cuenta de que el taxista había parado. Se quedó dentro del coche mientras Gabe salía y cerraba la puerta de un portazo, respiró hondo un par de veces intentando calmarse y después salió. Mientras caminaba por el camino que dirigía hacia el salón donde se celebraba el banquete, intentó recordar que era una profesional y que estaba allí para hacer su trabajo, no para hablar de qué ocurriría si pasase una noche loca con Gabe Jenkins, algo que, desde luego, era menos probable que poder comprarse al fin un unicornio.

La sala era bonita, aunque con una decoración más que excesiva para el

gusto sencillo de Jane. Había fotografías de los novios colgando de guirnaldas de colores, espumillones blancos y globos dorados, rosas y plateados. Jane no pudo evitar recordar que la novia era una antigua conejita Play Boy, porque el aire de la estancia tenía cierto toque estrafalario.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Suicidarnos juntos? —preguntó Gabe mientras miraba a su alrededor con el ceño fruncido y un suspiro de pesar.

—Ahora buscamos cuál es nuestra mesa —contestó.

Él la siguió y ella no tardó en dar con sus nombres en una de las últimas mesas. Se acomodaron en sus respectivas sillas y Gabe cogió la tarjetita del menú.

—Patatas asadas —leyó—. Vaya, esto va a ser muy rural.

—Shh, cierra el pico —siseó taladrándolo con la mirada.

—Y crema de espárragos. ¿Sabes...? En el local que hay debajo de mi casa hacen platos mucho más elaborados y succulentos. —Alzó una ceja.

Jane lo ignoró, a pesar de que sabía que tenía razón. A veces ocurrían cosas así; bodas por todo lo alto que terminaban siendo cutres o justo lo contrario, otras más sencillas que eran exquisitas. Suspiró sonoramente y sacó de su pequeño bolsito de mano una libreta minúscula y un bolígrafo. Como los novios no habían llegado, aprovechó para anotar algunas cosas.

Gabe estiró el cuello para ver qué estaba escribiendo.

«De segundo, una deliciosa y suave crema de espárragos, perfecta para esta época primaveral del año y para acompañar el primer plato que recuerda los

orígenes de la novia».

Él parpadeó alucinado y tardó unos segundos en hablar.

—¿En serio? ¡Pero si ni siquiera la has probado!

Jane levantó la vista con fastidio.

—Nos han dado una exclusiva, Gabe, en eso consiste mi trabajo.

—¿En mentir? —cuestionó.

—No, en adornar la realidad.

—Para que tres mujeres lo lean y suspiren.

—Algo así. No, no exactamente. —Frunció el ceño, enfadada—. Yo creo que de todo se puede ver el vaso medio lleno. En este caso, puedes pensar que esos globos dorados son estridentes, por ejemplo, o pensar que son divertidos y modernos.

—O que alguien debería quemarlos.

—¡Baja la voz! —Lo fulminó con la mirada.

Gabe se removió incómodo en su silla y se aflojó la corbata con los dedos justo cuando los novios entraban en la sala y los invitados prorrumpían en vítores y aplausos. En algún momento entre la triunfal entrada digna de una película de serie B y cuando terminaron la cena y empezó el baile donde repartían canapés dulces y bebida, Gabe empezó a pasárselo bien. Ignoró el ceño fruncido de Jane y el hecho de que cada dos por tres se ponía a anotar cosas en esa libreta suya, ignoró sus modales cuando empezó a bromear con otros invitados que estaban en la mesa e ignoró sus principios cuando una

chica deslumbrante pasó por su lado y le hizo ojitos antes de confesarle que no le diría que no a un baile si la invitaba.

Así que Gabe lo hizo. Podía notar la mirada lacerante de Jane, erguida recta y llena de tensión en su silla, pero le dio igual. Porque estaba enfadado con Dominic por haberle designado aquel puesto de trabajo, el peor que podría haberle dado. Y, sobre todo, porque estaba muy aburrido y necesitaba que la noche empezase a animarse o se quedaría dormido.

La chica se llamaba Anne y, al parecer, era una antigua compañera de la novia. Es decir, que tenía unas piernas infinitas y una melena rubia digna de anuncio. Gabe se movió con ella por la pista de baile mientras coqueteaba y se terminaba una copa de whisky fuerte.

Al menos, hasta que notó una mano que tiraba de él reclamando su atención.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Jane parecía a punto de escupir fuego por la boca.

—¿Divertirme? ¿Qué problema tienes ahora?

—Mi problema eres tú. Estamos trabajando.

—Si a esto lo llamas *trabajo*...

Ella se interpuso entre él y la chica rubia.

—¿Nos disculpas un momento? Gracias.

La joven se marchó un poco airada y él puso los ojos en blanco antes de terminarse la copa que llevaba en la mano de un solo trago y coger otra

cuando el camarero pasó.

—No tengo tiempo para hacer de niñera.

—Nadie te ha pedido que lo hagas, ratita.

—Deja de llamarme así. Y también de beber.

Él la ignoró. Dio otro trago y luego se echó a reír.

—¡Alegra esa cara! ¡Es una boda, no un funeral!

Jane lo miró, fijándose en esa seguridad que lo envolvía y en su mirada divertida y llena de burla. Porque eso era lo que pretendía. Burlarse de ella. Notó que empezaban a picarle los ojos y fingió que buscaba algo en su bolso antes de disculparse, dar media vuelta y salir de la sala caminando a trompicones con los incómodos zapatos de tacón.

Respiró hondo. Le vino bien el aire fresco.

Avanzó un poco por el jardín.

—Lo siento, ¿vale? —Gabe apareció a su lado. Llevaba la camisa por fuera, la corbata aflojada y el pelo rubio revuelto. Caminó de un lado a otro, inquieto bajo la luz de la luna y sin ser capaz de mirarla—. ¿Qué quieres que te diga? Solo estaba divirtiéndome un rato.

—Ya, pero es mi trabajo, Gabe. Mío.

—Ese es el problema. Todo sería más fácil si no te lo tomases tan en serio. Quiero decir, ya sé que es tu trabajo, joder, no soy imbécil, es solo que pensaba que me iba a morir de aburrimiento ahí sentado, contigo al lado tiesa como un palo...

—Yo no estaba tiesa como un palo —se defendió.

—Parecías una bomba de relojería a punto de explotar.

—No me conoces. No sabes cómo soy.

—¿Quieres que intente averiguarlo?

—¿A qué te refieres? —Ella lo miró nerviosa.

—Veamos... —Se rascó el mentón—. Primer beso en torno a los dieciséis, quizá diecisiete años. Casto. Sin lengua. Primer polvo ya en la universidad.

—¡Vete a la mierda, Gabe! —masculló.

—Notas altas. Expediente impoluto.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Nada. Solo estoy haciendo un resumen sobre ti. Al fin y al cabo, ¿no fue eso lo que tú hiciste el primer día? ¿Qué dijiste exactamente...?

Jane tragó con incomodidad al recordarlo.

Conozco a los tipos como tú, Gabe. Conozco a los tipos narcisistas y engreídos. Conozco a los tipos aficionados a pasar más tiempo debajo de las faldas de una mujer que a trabajar como es debido...

Cierto, ella también lo había juzgado, pero...

—No es lo mismo —intentó defenderse.

—No, claro, mis palabras son más bonitas.

—Vale. —Se llevó los dedos al puente de la nariz y suspiró hondo—. ¿Podemos... podemos empezar desde cero o algo así? Es decir, necesito que empecemos a trabajar juntos, porque no se trata solo de las bodas de los fines

de semana, sino del resto de los eventos y las horas en la oficina y yo... esto es más difícil de lo que pensaba...

—Está bien. Desde cero. No soy rencoroso.

—¿Así tan fácil? —Lo miró incrédula.

—Eso y que voy un poco achispado.

—¡Por Dios! —Intentó no reírse.

—¿A qué hora termina esta boda?

—En realidad, creo que ya podemos irnos. —Sacó la libretita de su bolso, con el cuello estirado y los hombros rectos y releyó lo último que había escrito—. Ya he apuntado lo más básico; el menú, el momento emotivo de los votos y los familiares, la canción que han bailado, la decoración del salón y la presencia de algunas caras conocidas...

—Al grano, te lo ruego —le pidió.

—La jornada ha terminado —dijo.

—Vale. En ese caso, ¿te apetece una copa?

—¿Estás bromeando? —Parpadeó.

Lo último que había imaginado de aquella noche era que Gabe Jenkins terminase invitándola a tomarse una copa con él. Seguro que ni siquiera sus amigas se lo creerían.

—Conozco un sitio genial en el Soho.

—No deberíamos... no parece apropiado...

—¿No es apropiado que dos compañeros de trabajo se tomen una copa y se

relajen un poco después de una larga jornada? —Señaló el salón del que acababan de salir con la cabeza. Y, cuando lo hizo, al ver ese pequeño gesto y la sonrisa seductora que lo acompañó, Jane empezó a entender por qué tantas mujeres habían caído rendidas a los pies de Gabe. Era por ese magnetismo que irradiaba. Y por la facilidad para convencer sobre cualquier cosa, como que los cerdos volaban o que era buena idea que accediese a tomarse una copa con él.

Ella se recordó que no era tan tonta como las demás.

—Lo siento, pero no. Quizá en otra ocasión.

—Está bien. —La miró intensamente—. Como quieras.

5

El lunes, Jane se levantó con energías renovadas.

Repasó su agenda, apuntó los puntos clave a realizar esa semana y organizó todo su vestuario, colgando en perchas diferentes qué prendas se pondría cada día. En realidad, todas eran de un estilo similar: sobrio, sencillo y elegante, pero sin estar pasado de moda.

—¿Todavía no estás vestida? —preguntó al salir de su dormitorio tras coger el bolso y ver a Zoe con la boca llena de cereales de chocolate en el sofá.

—No. —Tragó—. Aún son las siete.

—Tengo muchas cosas que hacer.

—¿Cómo qué? —Entrecerró los ojos.

—Nada en particular, pero prefiero llegar temprano a la oficina. Nos vemos allí.

Jane salió de casa, cogió el metro y, como de costumbre, fue una de las primeras en llegar al edificio en el que trabajaba. Se sentó en su escritorio y empezó a desarrollar el primer borrador de la boda a la que habían asistido el viernes. A las ocho Gabe debería haber llegado, pero no lo hizo. A las ocho y diez seguía sin aparecer y ella empezó a impacientarse. En torno a las ocho y

media apareció por la puerta con una sonrisa y un café para llevar.

—¿Qué hay, jefa? —La saludó despreocupado.

—Pues trabajo, por ejemplo. Eso es lo que hay.

—Ya te has levantado el lunes con mal pie...

—No me he levantado con mal pie, Gabe.

Se sentó en el escritorio delante de ella y sonrió.

—Entonces, ¿cuál es tu problema? —preguntó.

—Mi problema es que llegas media hora tarde.

—Deberías empezar a ser un poco más flexible.

—Gracias por el consejo. Bien, ahora, si no te importa, necesito que te encargues de responder algunos emails. Es fácil, gestionamos nosotros mismos las empresas con las que trabajamos. Ya sabes, empresas de cáterin, floristerías, marcas de trajes de novias...

—De acuerdo. Dime qué te tengo que hacer.

Gabe se levantó para sentarse delante del ordenador que estaba libre y ella le explicó paso a paso lo que tenía que hacer o qué palabras debía utilizar para dirigirse a cada cliente. Teniéndola inclinada detrás, con una mano apoyada en el respaldo de su silla, Gabe la miró de reojo y ella se sonrojó se inmediato y bajó la vista hacia su propio escote.

—Tranquila, es imposible que se te vea ni un centímetro de piel —comentó él con cierto aire burlón—. Solo estaba fijándome en los botones, ¿son cabezas de gatos?

Jane contuvo el aliento. Sí, eran cabezas de gato con orejitas puntiagudas y negras. Le gustaba la idea de permitirse algún detalle dentro de su sobriedad habitual, como si se revelase contra esa parte de sí misma que la dominaba. Chasqueó la lengua.

—Me gustan, así que cierra el pico.

—A mí también me gustan —dijo Gabe bajando el tono de voz. Ella odiaba que hiciese eso, porque cuando ocurría todo el ambiente a su alrededor se tornaba extrañamente sensual y peligroso. Era un don de Gabe. Y sabía explotarlo muy bien.

—Como te decía, esta empresa de aquí...

—¿Siempre llevas todos los botones abrochados?

—¿Cómo dices? —Se apartó de él y respiró hondo.

—Los botones abrochados hasta arriba.

—Sí, ¿cuál es el problema? —masculló.

—Que parece que estés a punto de ahogarte.

—Muy gracioso. Bien, si no tienes ninguna tontería más que decir, quizá podamos proseguir con el trabajo pendiente...

—Tengo otra tontería.

—Maldito seas, Gabe.

—Es una pena que intentes taparte todo lo posible. Quiero decir, me pregunto si lo haces porque a ti te gusta o porque en realidad te sientes más protegida así.

Jane tenía ganas de golpearlo. Inspiró profundamente.

—Yo me pregunto si en realidad una persona puede llegar a ser tan idiota, pero, oh, sí, me has demostrado que se puede. Gracias por sacarme de dudas. Sigamos. Este correo de aquí es de una floristería con la que colaboramos a veces para las sesiones de fotos, deberían hacernos un ramo para a finales de semana. Buscamos algo colorido, alegre.

—¿Un ramo puede ser alegre o triste?

—Evidentemente, Gabe —sentenció.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto?

—Cierto. —Jane se alejó de él y se sentó en su escritorio. Lo miró desde allí, sintiéndose más segura tras tomar una distancia prudencial. Era una injusticia que siguiese estando tan guapo un lunes de buena mañana—. ¿Qué hiciste para que te *castigasen*?

Gabe sonrió de lado y la miró con un brillo en los ojos antes de recostarse en el respaldo de su silla con esa despreocupación que lo acompañaba a todas horas.

—Quieres información, eh. Para eso tendrías que darme algo a cambio. Respuestas, por ejemplo. Respuestas sobre ti. Y jugosas.

—¿Y por qué iba a interesarte?

—Tengo curiosidad por saber cómo es la vida de una pequeña ratita de biblioteca.

No mentía. Gabe no podía evitar sentirse intrigado por Jane, quizá porque

nunca había pasado más de unos minutos con una mujer como ella, quizá porque no podía evitar preguntarse cómo sería tenerla en su cama y soltarle el pelo que llevaba firmemente recogido en un moño prieto antes de descubrir por fin cómo era ese cuerpo que se esmeraba por esconder entre tanta ropa gris, negra y blanca. Aburrida. A excepción de los botoncitos de gato que ahora él era incapaz de dejar de mirar con el deseo de arrancárselos.

—No soy una rata de biblioteca, Gabe. Sé que a ti te parecerá de lo más raro, pero que sea productiva y perfeccionista en mi trabajo no implica que carezca de vida social.

—Hablando así tendrás la justa.

—Te sorprenderías —replicó.

—Vale. Pues haz eso. Sorpréndeme.

Él la miró desafiante. Jane no estaba acostumbrada a tener ese tipo de conversaciones un lunes a primera hora de la mañana. Empezaba fuerte la semana. Respiró hondo.

—Salgo todos los jueves con las chicas.

—¿A una residencia de ancianos? —se burló.

Aunque sabía que la estaba provocando a propósito, Jane no pudo evitar caer hasta el fondo en su trampa. Su rostro se contrajo en una mueca de enfado.

—No, salimos a cenar y a veces vamos a Sky Room.

Gabe alzó una ceja y disimuló su asombro. Él iba allí alguna que otra vez,

aunque normalmente lo hacía los viernes o los sábados, no los jueves. Era un local de moda en Nueva York que se situaba en lo alto de un edificio y tenía cuatro terrazas que, a medianoche, se convertían en pistas de baile llenas de gente y de música.

—Eso se pone interesante... —ronroneó travieso.

—¿Vas a decirme por qué te *castigó* el jefe o no?

—Eso tendría poca gracia. ¿Tú qué crees que ocurrió?

Jane dudó antes de cruzar las piernas bajo el escritorio.

—He oído que te tiraste a la hermana del jefe.

—¿Y tú crees que es cierto? —Gabe la miró.

—No lo sé. Probablemente, dada tu fama...

—¿Qué fama es esa? Entra en detalles.

—Ya lo sabes, Gabe. Hay quién dice que te has costado con la mitad de la plantilla de esta empresa y algunas suben hasta el sesenta o el setenta por ciento, lo que no dice mucho a tu favor o deja lugar a dudas. Así que sí, creo que es probable que te tirases a la hermana del jefe y que él no pudiese despedirte porque eres bueno en lo tuyo, pero decidiese fastidiarte un poco colocándote a mi cargo. Lo que, de hecho, es muy injusto para mí.

—Pobre Jane —se burló.

—¿No piensas contestar?

—¿Para qué? Veo que ya has hecho todo un esquema mental sobre mí en tu pequeña cabecita, así que no me dejas mucho margen para añadir nada.

—Supongo que ahora estamos empatados.

—¿En qué, exactamente? —preguntó.

—En eso de imaginarnos cómo somos.

El martes transcurrió con cierta normalidad. Jane dejó a Gabe en la oficina organizando asuntos poco importantes de la agenda del mes y fue ella sola a reunirse con la novia de la próxima boda que cubrirían. Era Stella Rose, una atractiva modelo que había desfilado por las mejores pasarelas durante los años ochenta, pero que ahora carecía de la juventud de entonces. Aun así, seguía viviendo de su fama, asistiendo a eventos de moda y saliendo en la prensa cada vez que daba que hablar. Como entonces, cuando estaba a punto de casarse por tercera vez consecutiva. Su primer marido y gran amor había fallecido en un accidente de coche. Del segundo se había divorciado dos meses después de casarse. Y este tercero era un empresario ruso adinerado con el que parecía ser muy feliz.

Ella la conocía de su anterior boda y, a pesar de lo extravagante que resultaba para alguien tan clásica como Jane, le caía bien Stella; era sincera y amable.

—Pasa, querida, siéntate aquí. ¿Un poco de té?

—Sí, gracias —dijo mientras se acomodaba en el salón decorado en tonos rojos y dorados, con largas y pesadas cortinas que caían hasta el suelo de

mármol.

—Así que volvemos a vernos las caras.

—Y eso me alegra mucho —repuso.

—Oh, gracias, Jane. Lo cierto es que no pensé en volver a casarme tan pronto, ¡ni se me pasó por la cabeza! Pero Edward es magnífico. Tienes que conocerlo. Es un hombre de los que ya no abundan, ¿sabes? Honesto y brillante. Espero que la exclusiva le haga justicia.

—Lo haré. —Le sonrió mientras les servían el té—. Como sabes, saldréis en portada. Os haremos una entrevista a los dos esta próxima semana y la sacaremos alternando fotografías de la sesión de fotos que haremos con la revista para terminar con el reportaje final de la boda. Ya acordamos que no daríamos demasiados datos, algo breve y general.

—Sí, es importante destacar el vestido de novia.

—Cierto. —Jane asintió.

Una marca había accedido a hacerle un vestido de novia a medida a cambio de que la nombrasen al menos dos veces en la revista y de que saliese en portada.

—¿No ha venido Zoe contigo?

—No, ahora trabaja en otra sección.

—¿Y te han dejado sola? —Cogió el té.

—En realidad no —carraspeó—. Tengo un nuevo compañero. Uno peculiar que no sabe demasiado de bodas. Ya lo conocerás durante la

entrevista.

—Claro, querida. Prosigamos.

6

La semana avanzó a trompicones. Gabe no podía evitar desear retar a la aburrida Jane Davis. La miraba sentado en el escritorio, mientras intentaba olvidar todos esos tonos rosas que le rodeaban y lo mucho que echaba de menos su trabajo. Tras mucho observarla, empezó a darse cuenta de algunas cosas. Por ejemplo, el miércoles llegó vestida de negro de los pies a la cabeza con un pantalón de pinzas y una camisa que hasta una monja aborrecería, pero, al igual que había ocurrido con los botones de gatitos, él se fijó en su coletero. Era verde. Un verde menta chillón que contrastaba con todo lo demás. Le hizo sonreír.

El jueves, en cambio, Jane apareció vestida con una falda por debajo de la rodilla de color gris pizarra y una camisa blanca. Los zapatos de tacón eran de color negros, pero el cierre en torno al tobillo estaba adornado por una pequeña flor roja. Le gustó percatarse de ese detalle y después subió lentamente por sus piernas y reprimió el deseo que tuvo de romper esas medias.

Se dijo que todo era culpa del tiempo que llevaba sin acostarse con alguien. Había estado demasiado ocupado con esas tonterías de las bodas, enfadado por el castigo del jefe e intentando aclimatarse a su nueva vida como para

pensar en buscar compañía femenina.

Aunque lo cierto era que a Gabe no le hacía falta buscar demasiado y llevaba dos semanas ignorando los mensajes de dos o tres chicas con las que había coincidido tiempo atrás. Por alguna razón, los textos llenos de coqueteo no le divertían tanto como antaño solían hacerlo. De repente le resultaba más divertido intentar imaginar cómo sería la sosa de Jane entre sus sábanas. O, mejor dicho, cómo él conseguiría que dejase de ser así.

—¿Piensas quedarte todo el día mirándome?

Gabe parpadeó lentamente sin apartar los ojos de ella.

—No es un mal plan, la verdad. Sería más divertido si el cuello de la camisa no te apretase como una soga, pero supongo que tendré que conformarme con lo que hay.

Él se agachó a tiempo cuando Jane le lanzó volando una grapadora.

—¡Eh, la leche! —gritó—. ¿A qué viene ese mal humor?

—Tenemos trabajo que hacer —replicó.

—No es verdad. Lo hemos terminado todo. Mira, he averiguado que el ramo de esa princesa que se casó este mes en Europa llevaba petunias, ¿no es maravilloso? —comentó con una ironía nada escondida.

—Sí que lo es. —Ella lo dijo seria—. Pásame el artículo.

—Ya te lo he mandado a tu correo.

—Está bien, entonces puedes irte.

—Gracias, jefa —se despidió burlón.

Gabe salió de ese despacho que parecía estar absorbiéndolo y caminó por el pasillo del edificio ignorando las miradas que algunas compañeras le dirigieron. Montó en el ascensor y bajó hasta la salida. Después, dio un paseo hasta el pequeño piso en el que vivía, su rincón personal. Por eso no le hizo ninguna gracia que el timbre sonase cuando él todavía no había empezado a quitarse la ropa para ponerse algo cómodo.

Respondió al telefonillo.

—¿Quién es? —preguntó hosco.

—Soy yo, Gabe. Vamos, abre.

Puso los ojos en blanco, pero abrió. Blake Miller apareció dos minutos después en la puerta de su apartamento, entró y se dirigió hacia la cocina para coger una cerveza de la nevera sin molestarse en pedir permiso. Después se sentó en su sofá y Gabe encendió la televisión y buscó el canal de deportes veinticuatro horas, lo único que siempre le apetecía ver.

—¿Qué te trae por aquí? —Abrió su cerveza.

—Un día duro. He discutido con Dominic.

Gabe guardó silencio. Los tres herederos del imperio Miller no podían ser más distintos. Dominic, que era el director actual de la revista, era el hermano mayor; frío, controlador y apodado como *la bestia*, pocas veces se permitía a sí mismo bajar la guardia. En cambio, Blake y Olivia habían estado siempre más mimados por sus padres. Quizá por eso Blake se dedicaba a ir a trabajar cuando le apetecía y a pasarse el día entre fiestas y mujeres. Olivia, en

cambio, estaba demasiado ocupada quemando la tarjeta bancaria en las tiendas más caras de Nueva York. Los tres eran buenas personas a su manera, pero sus diferencias los alejaban.

Y era algo que Gabe sabía muy bien porque los conocía a todos desde pequeño. Por suerte, nadie en la redacción estaba al tanto de ello, pero Gabe Jenkins se había criado en la mansión de los Miller, no porque fuese uno más de ellos, sino porque su madre, viuda antes de que él naciese, trabajaba como ama de llaves interna en la inmensa propiedad de la familia.

Así que, desde niños, Blake y él habían empezado a ser amigos porque tenían la misma edad y los Miller se encargaron de pagar la educación de Gabe. Por eso, él se esforzó por ser el mejor. A diferencia de los demás, sabía lo mucho que su madre tenía que trabajar cada día para lograr lo que tenían. Así que Gabe se divirtió durante su época universitaria y siguió a Blake a muchas de las fiestas que frecuentaba, sí, pero también se mató a estudiar para conseguir ser el mejor, no solo por sus calificaciones, sino porque tenía algo diferente que lo hacía estar en el momento y en el lugar apropiado cuando debía hacerlo.

Eso y su afición por los deportes, lo habían llevado a ser uno de los mejores redactores de la prensa. Cuando terminó la carrera, tenía cuatro ofertas de trabajo esperándolo. De no ser porque su madre se lo rogó y porque no quería decepcionar al señor Miller, que siempre se había portado con él más que bien, hubiese aceptado alguna de las otras, pero, al final, al

igual que el resto de la familia, terminó trabajando en Golden Miller.

Y también cubriéndole la espalda a Blake, claro.

—Oye, siento mucho lo del otro día, tío —empezó a decir—. Sé que mi hermano te ha castigado por eso y que es injusto, pero, no sé... ni siquiera recuerdo que pasó...

—Eso no ayuda, Blake. —Lo miró enfadado.

—Quiero decir, que sí que lo recuerdo. Más o menos. Y fue una putada, pero, aun así, gracias por echarme una mano. Lo último que necesito ahora es cabrear a Dominic aún más.

Gabe Jenkins suspiró hondo y decidió ser sincero.

—Quizá él tenga razón. Quizá debas sentar cabeza.

—¡Y lo intento! —mintió—. Es decir. No es fácil. Resulta aburrido, ¿sabes? La idea de levantarme cada día a la misma hora, ir a trabajar, volver a casa, hacer la cena y acostarme, me resulta... demoledora. ¿Eso es todo? ¿Así es la vida?

—Me temo que sí, Blake.

—Ya. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Nada. Acabo de llegar de trabajar, apenas he dormido esta semana y... bueno, espera, ahora que lo pienso... —Frunció el ceño pensativo—. ¿Te apetece ir a Sky Room más tarde?

—Hecho. —Blake sonrió contento.

Un par de horas después, Gabe se dio una ducha, se cambió de ropa y se miró en el espejo mientras se ponía un poco de colonia en la muñeca. No estaba muy seguro de por qué había sentido el impulso de ir justamente a aquel lugar cuando sabía a la perfección que existía la probabilidad de que Jane estuviese allí. Por alguna razón, le intrigaba saber cómo se comportaría fuera del trabajo y de ese pomposo despacho. Necesitaba ver si lejos de las oficinas también llevaba las camisas abrochadas hasta el último botón. Aunque, a fin de cuentas, lo que de verdad le hubiese venido bien habría sido olvidarse de ella.

Quizá allí encontrase alguna chica con la que pasar el rato.

Se convenció de ello mientras salía de casa. Había quedado allí mismo con Blake Miller y cruzó los dedos para que, al llegar, él todavía no hubiese hecho alguna de las suyas, como volverse loco y gastarse miles de dólares en varias botellas de champagne con las que invitar a algunas mujeres guapas, o algo peor. A lo largo de los años, Gabe lo había visto cometer todo tipo de locuras insólitas, pero le guardaba todos aquellos secretos a buen recaudo. Igual que se guardaba para sí lo que había ocurrido semanas atrás para que lo *castigasen*.

Ya había anochecido cuando llegó a Sky Room. Paseó por el local hasta que vio a Blake poco después en uno de los reservados privados. Tal como

esperaba, ya estaba en su salsa, sentado con actitud despreocupada y un par de rubias alrededor susurrándole al oído cosas que a él parecían hacerle mucha gracia. Le tendió una copa en cuanto lo vio y luego siguió a lo suyo, así que Gabe se quedó allí sentado, delante de una pelirroja que no dejaba de coquetear poniéndole ojitos. Cuando ella se sentó a su lado, no se sintió relajado y halagado como debería, sino más bien intranquilo y un poco molesto.

Pensó que todo era demasiado fácil...

—Tu amigo dice que te llamas Gabe.

—El mismo. —Bebió un trago largo.

—¿También estás solo esta noche?

Gabe dudó. La mano de la chica subió despacio por su pierna hasta rozarle la rodilla y él se quedó mirando esos dedos durante unos segundos que le parecieron eternos. Y entonces Jane apareció de nuevo en su cabeza, porque pensó que necesitaba saber si aquel día se había permitido a sí misma el lujo de ponerse un coletero de colores o un broche diferente en los zapatos. Era una tontería. Pero una tontería que lo hizo levantarse.

—Ahora vuelvo, voy a dar una vuelta —dijo.

Blake no se molestó en contestar, porque tenía la boca ocupada sobre la de una de las chicas rubias que estaba sentada a su lado. Gabe puso los ojos en blanco, pensando que su amigo jamás cambiaría. No es que él hubiese sido un santo, pero controlaba más, mantenía los pies en la tierra. Blake, a pesar

de ser un buen tipo en el fondo, porque era una de esas personas más que generosas con el dinero, estaba perdiendo el rumbo a pasos agigantados.

Dio una vuelta por el local. Salió a la primera terraza, pero no la vio. Salió a la segunda y recorrió con la vista el perímetro, pero no había rastro de ella. Y, cuando salió a la tercera, ya estaba convenciéndose de que ir allí había sido una soberana tontería.

Pero entonces vio a Jane. Contuvo el aliento.

Llevaba puesta una falda de tubo de color negra y una camisa azul clara que se ajustaba a la curva de sus hombros. El pelo recogido en un moño algo menos apretado que el que solía usar para trabajar y los pies enfundados en unos zapatos de tacón lisos.

Gabe no vio nada que rompiera aquella sobriedad.

Se quedó mirándola unos segundos mientras se terminaba su copa. Estaba acompañada por dos compañeras de la redacción a las que él nunca les había prestado demasiada atención. Para empezar, porque eso de que se había acostado con la mitad de la plantilla era un rumor falso que una antigua becaria despechada se dedicó a difundir.

Jane parecía tensa, como siempre.

Sus amigas entablaron conversación con un grupo de chicos y ella fue quedándose cada vez más rezagada en un rincón, conforme ellos cogían confianza y sacaban a bailar a las otras dos. Nadie pareció percatarse de que ella seguía allí. O sí, porque un segundo después un hombre del grupo se

acercó y le preguntó algo al oído, probablemente si quería bailar, pero ella lo rechazó negando con la cabeza y dirigiéndole una mirada de disculpa.

Gabe no pudo evitar sonreír. Le gustaba Jane. Su determinación. Esa contención que parecía resquebrajarse alguna que otra vez en pequeños detalles. La estudió como un felino lo haría con su presa, dando una vuelta por la terraza acercándose cada vez más a ella, que bebía de su copa a pequeños sorbitos con la vista fija en el frente, observando desde lejos cómo sus amigas disfrutaban de la velada y reían y bailaban animadas.

—Parece que te lo estás pasando en grande.

Jane se sobresaltó al escuchar esa voz y se llevó una mano al pecho sin apartar los ojos de Gabe Jenkins. Llevaba unos pantalones vaqueros oscuros que se ceñían a su cuerpo de escándalo y una camiseta roja que dejaba poco a la imaginación. Jane carraspeó para aclararse la voz tras apartar a duras penas la mirada del chico que tenía delante.

—Sí, me lo paso genial. ¿Qué haces aquí?

—Pasar el rato. Tomar algo. Mirarte.

La ponía nerviosa. Él y esos ojos tan intensos.

—Bien, pues ya lo has visto todo. Hasta luego.

—¿Qué tipo de persona trata así a su compañero de trabajo? Vamos, ratita, tómate una copa conmigo. Hoy estoy de buen humor, yo invito.

Jane quiso negarse, porque estar cerca de él la hacía sentir en peligro, como una pequeña gacela que espera a ser devorada por un león. Sin embargo,

terminó cediendo porque no soportaba la idea de agachar la cabeza ante el reto de su voz, y lo acompañó hasta la barra más cercana. Él pidió un par de chupitos de tequila.

Ella cogió el pequeño vasito e ignoró todo el procedimiento que Gabe llevaba a cabo, como preparar la rodaja de limón y ponerse un poco de sal en el dorso de la mano. Se lo bebió de un trago sin pensar. Él hizo lo mismo. Ella tosió.

—Chupa —le dijo Gabe con la voz ronca.

—¿Cómo dices? —Volvió a toser.

—Vamos, hazlo —insistió.

Jane tenía los ojos acuosos cuando cedió sin pensar y le lamió la piel del dorso de la mano, llevándose los restos de sal en la lengua. A Gabe lo recorrió un escalofrío. Fue un escalofrío intenso que lo dejó aturdido durante un par de segundos. Pensó que hacía mucho tiempo que el corazón no le latía tan acelerado teniendo al lado a una chica.

—¡Está malísimo! —Se quejó ella.

—¿Nunca habías probado el tequila?

—Hace años. Creo. O algo parecido.

—¿Qué te gusta tomar? —preguntó él.

—Un mojito estaría bien. Suave, a ser posible.

Gabe negó con la cabeza e intentó calmarse mientras pedía un par de mojitos en la barra. Cuando se los sirvieron, los dos bebieron un rato en

silencio sin dejar de contemplar a la gente que bailaba cerca de ellos en aquella terraza. El viento primaveral era frío, pero casi se agradecía esa sensación entre las luces, la música alta y el alcohol.

—¿No vas a decirme qué te trae por aquí?

—He venido con un amigo —contestó.

—Bien. —Alzó su muñeca—. No deberíamos tardar demasiado en irnos si mañana queremos llegar puntuales al trabajo, porque, aunque entramos un par de horas más tarde...

—Jane, creo que necesitas relajarte.

Ella parpadeó algo sorprendida. O quizá porque la copa y el chupito empezaban a hacerle efecto. Se detuvo en su cuerpo durante unos segundos.

—Estoy relajada —consiguió decir.

—Pues no lo parece, teniendo en cuenta que estás pensando en el trabajo. Olvídalo. Hablemos de cualquier otra cosa. Lo que sea.

—¿Cómo por ejemplo...?

—¿Eres de aquí, de Nueva York?

—No, crecí en un pueblo de Maine.

—Interesante. Una ratita pueblerina.

—¡Deja de burlarte! —Se quejó ella, pero lo hizo con una sonrisa tonta que acudió a su rostro entre el sabor a lima de la bebida. Se terminó el último sorbo—. Crecí allí y vine aquí a estudiar en la universidad. Después terminé quedándome. ¿Y tú?

—Siempre he vivido aquí. Me encanta la ciudad.

Él pidió otras dos copas y, unos minutos después, los dos acabaron en uno de los reservados de la terraza, sentados muy cerca, hablando de sus vidas como si aquello fuese lo más normal del mundo. Gabe le contó que su padre murió antes de que él naciese y que tenía una relación estrecha con su madre, una mujer a la que adoraba. Jane le explicó que su familia era un poco arisca y que mantenían el contacto porque ella seguía llamándoles todos los domingos; la única que había sido diferente fue su abuela Adelaine, que había fallecido años atrás. Sus padres eran callados y taciturnos, poco dados a las muestras de afecto.

—Eso lo explica todo —dijo Gabe pensativo.

—¿A qué te refieres? —Jane dejó su copa vacía.

—Explica cómo eres tú. —Deslizó la mano por su brazo y ella se estremeció. Siguió subiendo hasta llegar a su nuca y un poco más, cada vez más...

—¿Qué estás haciendo? —jadeó insegura.

Gabe no contestó, pero pronto supo que lo que pretendía era soltarle el pelo. Y lo hizo. Los mechones oscuros y un poco ondulados se deslizaron sacudidos por el viento alrededor de su rostro. Jane se estremeció al sentir los dedos de él aún en su nuca, trazando suaves círculos bajo la noche de primavera. Pensó que debería apartarlo de inmediato de un manotazo, pero estaba demasiado ocupada intentando recordar por qué. Y, además, Gabe olía

increíblemente bien. A algo muy masculino y atrayente. Algo que le hizo desear hundir la nariz en su cuello y aspirar profundamente. El corazón se le aceleró.

—Pequeña ratita... —La voz ronca de Gabe le acarició el oído—. Me pregunto por qué hoy no llevas nada colorido, ¿dónde está la rebelde que hay en ti?

—Sí que llevo. —Notaba la lengua pastosa.

Gabe la miró fijamente y frunció el ceño mientras volvía a pasear la vista por todo su cuerpo. Se sintió completamente desnuda. Desnuda y relajada, todo a la vez.

—¿Dónde...? Oh, joder, no me digas que...

—Las braguitas. Son de colores. —Se sonrojó.

—Jane, eso tengo que verlo. —Él parecía un león.

Ella misma se sorprendió cuando, en lugar de gritarle por aquel comentario, se echó a reír por lo bajo y recostó la espalda en el sofá blanco en el que estaban para poder bajarse un poco la cinturilla de la falda y dejarle ver apenas un centímetro del borde de la ropa interior que llevaba puesta. Eran unas braguitas amarillas con lunares rosas.

Gabe parpadeó y, después, cuando ella volvió a ser la de siempre cruzando los brazos como si deseara protegerse de él, no pudo reprimir el impulso de inclinarse y rozar con sus labios el lóbulo de su oreja antes de susurrarle.

—Eres deliciosa, Jane. Tan deliciosa que no sé si voy a poder evitar

comerte, porque estoy deseando probarte y descubrir a qué sabes. —Sus labios se deslizaron por su mejilla hasta llegar a la comisura de los suyos—. Pero eso sería después, porque hoy en lo único en lo que puedo pensar es en que deberíamos meternos en los baños de este local...

—Gabe... —gimió ella temblorosa.

—Y follar como locos.

Jane parpadeó. Fue como si acabase de despertar de golpe de un sueño. ¿Qué demonios hacía allí sentada al lado de Gabe Jenkins y dejando que su mano se acercase cada vez más al bajo de su falda? ¿En qué momento había decidido que era buena idea dejarse llevar para terminar siendo como todas las demás que caían rendidas a sus pies? Porque en eso se resumía todo para los tipos como Gabe. Sacudió la cabeza, aturdida.

—Tengo que irme —dijo aún agitada.

—Eh, espera, ¿qué te ocurre?

Gabe la retuvo cogiéndola de la muñeca y ella se obligó a mirarlo, aunque por dentro lo único que deseaba era salir huyendo cuando antes. Era demasiado guapo para su propio bien; la mirada ardiente, los labios seductores, el pelo revuelto y los rasgos marcados.

—Ojalá fueses como un pulpo viejo.

—¿Perdona?, ¿qué demonios significa...?

No le aclaró que *pulpo viejo* podría traducirse por *feo*.

—Lo siento, esto ha sido un terrible error.

—Yo no opino lo mismo. Y sé que te gusto.

—*Gustar* no es la palabra. Me pareces atractivo, sí.

—Entonces, ¿cuál es el problema, Jane? —insistió.

Ella cogió aire para aclararse las ideas entre los mojitos.

—El problema, Gabe, es que, como ya te dije, conozco a los tipos como tú. Y sé que, según tu lógica, debería dejarme llevar por el deseo y terminar contigo en los baños de este local, pero la cuestión es que busco algo más. Mucho más. Cosas que nunca podrás darle a una mujer, como una estabilidad o fidelidad. Ya sabes, esas palabras que a ti te suenan a chino. Y entiendo que pienses que por ello soy una aburrida rata de biblioteca, pero lo prefiero, de verdad. Hace tiempo que empecé a aceptarme tal y como era, porque no podemos cambiar ciertas cosas. Yo no puedo dejar de ser así. Ni tú tampoco.

Ante su atónita mirada, Jane Davis se puso en pie y abandonó la terraza a paso rápido y decidido. Gabe se quedó allí sentado, mirándola casi sin pestañear mientras sus palabras seguían golpeándole como pequeñas dagas afiladas que, aunque nunca pensó que lo harían, dolían. Porque Jane tenía razón. Y porque hacía años que una mujer no lo dejaba plantado de esa manera. Así que se quedó sentado un largo rato, meditando sobre sí mismo mientras se terminaba otra copa siendo muy consciente de lo poco que le apetecía regresar al reservado privado en el que Blake Miller estaría esperándolo con varias chicas.

Porque no quería a ninguna de ellas.

Quería a Jane Davis. En exclusiva.

7

Al día siguiente, cuando Jane se encaminó a la oficina con un dolor de cabeza terrible, descubrió que, por primera vez en años, no era la primera en llegar al despacho.

Gabe Jenkins ya estaba allí.

Sintió un escalofrío al verlo.

La noche anterior en su totalidad había sido un inmenso error con luces de neón parpadeantes. Jane se había dejado llevar por primera vez en mucho tiempo y el resultado, tal como ya esperaba, había sido desastroso. Como enseñarle la ropa interior de colores al mujeriego número uno de la revista o estar a punto de terminar con él en los servicios, algo que, por descontado, jamás en su vida se había permitido hacer. Y no porque no lo deseara. Tal como ella misma le había dicho a él horas atrás, había cosas que deseaba, sí, pero para eso tenía un cerebro, para reprimir sus instintos. Con eso y con todo lo demás. Puede que quisiese comerse una rosquilla bañada en chocolate todos los días, pero obviamente no lo hacía por su salud. Aquello era lo mismo, solo que en torno a su salud mental.

—¿Qué haces aquí? —preguntó intranquila

—Trabajo aquí, ¿recuerdas?

Ella pensó que lo mejor era no insistir en cuanto a lo evidente, como el hecho de que fuese la primera vez que llegaba no solo puntual, sino con anticipación. Se sentó en su escritorio y empezó a echarle un vistazo a su agenda para no tener que mirar al hombre que tenía delante, ese con el que, muy a pesar, había tenido un sueño tórrido esa misma noche.

Deseó golpearse la cabeza con la grapadora.

—Bien, tenemos que mandar el mail a Maars.

—Ya lo he hecho —se adelantó él.

—Vale. Genial. Pues entonces, concertar una hora...

—... para la sesión de fotos. Lo he pedido, deberían contestar a lo largo de esta mañana.

Jane alzó la vista hacia él, aunque era lo último que deseaba hacer. Se miraron fijamente durante unos segundos muy largos, hasta que ella se armó de valor.

—En cuanto a lo que pasó ayer... —Esperó que él le echase una mano, pero no parecía muy por la labor, así que siguió adelante tras coger aire—. No estuvo bien, Gabe. Siento mucho el malentendido. Ya sabes, borrón y cuenta nueva. Queda olvidado.

—Si es lo que quieres...

—Sí, es lo que quiero.

—De acuerdo. Olvidado.

—Te lo agradezco, Gabe.

Él apenas le dirigió la palabra durante el resto de la mañana y se limitó a trabajar y a hacer con una asombrosa profesionalidad todo lo que ella le pidió. Estuvieron tan concentrados en sus propias cosas que, en torno a media mañana, no quedó nada pendiente. Ese fin de semana tampoco había ningún evento a la vista que cubrir, así que, sobre las once, Gabe anunció que iba a buscar un poco de café a un local que estaba en la manzana de al lado, porque al parecer odiaba el de la máquina expendedora de las oficinas.

—¿Quieres acompañarme? —le preguntó.

—Bueno, tengo que... —Cerró la boca cuando se dio cuenta que la excusa *tengo que hacer cosas pendientes* no era muy creíble en esos momentos. Lo miró—. No sé si es buena idea.

—Borrón y cuenta nueva, ¿recuerdas?

—Ya, sí, cierto. —Tenía un nudo en la garganta.

Ella se puso en pie, pero antes de que pudiese salir por la puerta del despacho, que durante toda aquella mañana le había parecido ridículamente pequeño, él la sujetó de la muñeca. Intento no reaccionar ante el tacto cálido de los dedos sobre su piel.

—Jane, escúchame. Nunca ocurrirá nada que tú no quieras que ocurra.

Consiguió asentir a duras penas antes de seguirlo. Pensó que el problema era ese. Querer. Porque claro que quería sentir su cuerpo firme contra el suyo, sus manos acariciándola y esa boca que no prometía nada bueno, pero no era lo que debía hacer. Jane tenía un propósito fijo en la vida. Casarse. Ser la

mejor en su trabajo. Tener una familia. Nada de eso pasaba por Gabe Jenkins y no estaba dispuesta a perder el tiempo por un deseo fugaz.

En cambio, el chico que estaba tenso a su lado en el ascensor mientras bajaban, empezaba a pensar que quizá estaría dispuesto a pasar por cualquier tortura a cambio de tener a Jane Davis en sus brazos y probarla al fin. Gabe no recordaba la última vez que había deseado a alguien con tantas ganas. Ni siquiera estaba seguro de haberlo hecho. ¿En qué momento la frígida y sosa Jane había pasado a ser la protagonista de todas sus fantasías? La noche anterior lo había dejado anonadado y tocado, más pensativo que nunca. Y entendió que no conseguiría nada con ella siguiendo el camino de siempre.

Jane era distinta. Y él quería descubrirla.

Se sentaron en una de las mesas de la cafetería. Ella pidió un café con un toque de caramelo y él uno normal cargado. Un silencio incómodo se instaló entre ellos y Gabe pensó en cómo romperlo, porque no estaba muy acostumbrado a ese tipo de situaciones.

—Así que eres de Maine, ¿te resultó difícil el cambio?

—Algo. —Jane se encogió de hombros—. Allí todo era muy tranquilo y aquí es justo al revés, la gente mirando el reloj todo el día, ya sabes.

—No te pegaba mucho aquello, ¿no?

—Supongo que no. O sí, depende.

—Explícame eso —pidió él.

—Pues que me va esto, el ambiente, pero también me sigue gustando esa

tranquilidad y la vida familiar, aunque nunca llegase a tenerla. Pero lo vi en otros. Ya sabes, las Navidades con la mesa llena y ese tipo de vida. —Suspiró un poco incómoda y bebió café—. ¿No crees que es un poco injusto que solo yo hable de mí misma?

—Pregúntame lo que quieras, Jane.

—Está bien, veamos... —Vaciló unos segundos, pero no podía evitar seguir teniendo la insana curiosidad—. ¿Por qué te *castigó* Dominic trabajando conmigo?

—Es una historia un poco complicada...

—Acabas de decir *pregúntame lo que quieras*.

—Es verdad. —Gabe se frotó la frente—. Le pegué a Steven Clark en un local, mientras veíamos un partido de fútbol. Alguien que estaba allí sacó fotografías con su móvil e intentó venderlas a las revistas de la competencia, pero Dominic lo paró a tiempo comprando él mismo esas instantáneas, que, por cierto, no fueron baratas, porque todo el mundo quiere ver a un redactor deportivo pegándole a un futbolista retirado y famoso.

Jane lo miró intentando esconder su sorpresa.

—¿Y se puede saber por qué le pegaste?

—Bueno... —Se frotó la nuca con incomodidad—. Esa es otra pregunta y creo que ahora me toca a mí. ¿Alguna vez has tenido una relación larga?

—Sí. —Ella se calentó las manos con el café, nerviosa.

—¿Y qué pasó?

—Pasó que no le parecía suficiente.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo sabes. Que había otra.

—Vaya, qué mierda.

—Sí, aunque no debería sorprenderte. —Gabe la miró sin entender qué estaba diciendo y Jane continuó hablando un poco a trompicones—. Ya sabes, porque soy aburrida y vivo con un palo metido por... en fin, supongo que pensó que encontraría algo más de diversión fuera de casa. Es comprensible. Ya no duele, ocurrió hace tiempo y...

—Demonios, Jane. No lo digas ni en broma.

Se quedaron mirándose unos segundos tensos.

—Pues de verdad lo pensé durante meses y meses.

—Nadie se merece que le hagan eso. Y tú no eres aburrida. Quiero decir, te comportas como si lo fueras, pero en realidad resultas justo lo contrario —añadió contemplando los pequeños pendientes de color amarillo mostaza que ese día contrastaban con su vestuario.

—Gracias. En fin, la cuestión es que fue hace tres años, lo tengo superado.

—¿Ibais en serio? —indagó Gabe.

—Lo bastante en serio como para que me pidiese que me casase con él la noche de fin de año en medio de Wall Street, sí. —Se encogió de hombros ante la atónita mirada de él, que tardó en asimilar la situación—. Pero así es la vida, ¿no? Ahora tú, te preguntaría si has tenido alguna relación larga, pero

creo que será mejor que vayamos al grano y te pregunte por qué nunca has querido tener una —aclaró y él no puedo evitar echarse a reír.

—Has acertado. Y no lo sé, es tan sencillo como que no he dado con la persona adecuada, esa que me haga desear estar a su lado todos los días. Pero creo que ocurrirá.

—¿De veras? —Reprimió una sonrisa levantándose.

—Sí, ¿por qué te sorprende tanto? —Él la siguió.

Caminaron juntos por la calle hacia las oficinas de trabajo.

—No lo sé, por tu reputación daba por hecho que querías pasarte toda tu vida siendo soltero. Y no te culpo, ese es el sueño de muchos hombres.

—Quizá no deberías fiarte de mi reputación —replicó.

Y después, en lugar de esperar a que llegase el ascensor, la dejó allí plantada y se marchó por las escaleras. Gabe subió un escalón tras otro, preguntándose por qué había reaccionado así y qué diantres le pasaba. *Daba por hecho que querías pasarte toda tu vida siendo soltero*, sus palabras seguían atormentándolo porque, para empezar, él también lo había dado por hecho, pero, por alguna estúpida razón, ella y el hecho de ver a Blake Miller perdiendo el control de su vida empezaban a agobiarlo. Jane porque deseaba cerrarle esa boca contestona a base de besos. Y su amigo porque verlo así, cada día con una chica y tan vacío y perdido, empezaba a ser como ver un reflejo de él mismo, de lo que había sido durante todos aquellos años. Y lo cierto era que había estado bien, sí, pero empezaba a pensar que necesitaba

algo más, algo real, de verdad. Algo que hiciese que el corazón le latiese tan rápido como cuando tenía a Jane Davis cerca de él, envolviéndolo todo con su aroma delicioso.

8

—No estoy segura de poder seguir trabajando con él.

—¿Por qué? ¿Solo porque quiso que follaseis en los servicios? No sé si eres consciente de que, para algunas, entre las que me incluyo, eso sería un plus —replicó Zoe.

—¡Amén, hermana! —Gina uso el zumo de naranja para brindar con ella.

Acababan de volver tras una carrera de siete kilómetros por Central Park y las tres estaban sudorosas, cansadas y tiradas en el sofá del apartamento que Zoe y Jane compartían. En la televisión estaban echando una reposición de capítulos antiguos de una comedia divertida, pero Jane solo era capaz de pensar en Gabe y en lo raro que había estado durante toda aquella semana, casi como si no fuese él mismo o algo así.

—No sé, todo es muy extraño... —dijo.

—Intenta volver a explicarnos la situación.

—Es como si no fuese él mismo. ¿Sabéis lo que creo? Creo que se ha dado cuenta de que no podrá tenerme en su cama a menos que use otro tipo de tácticas conmigo, así que ahora intenta ser amable, inusualmente simpático. Sí, eso es.

—Estás paranoica, Jane —contestó Zoe.

—Si quisiese echar un polvo, creo que tendría opciones de sobra donde elegir, ¿no lo has pensado? —Gina alzó una ceja y se terminó el resto del zumo.

—¡Eh, que yo tampoco estoy tan mal!

Jane bajó la mirada hacia su cuerpo algo enfurruñada. Puede que no fuese una modelo escultural, pero tenía unas formas bonitas. No es que le gustase demasiado enseñarlas, claro, pero eso era porque se sentía más segura y protegida si vestía con colores poco llamativos. No le gustaba ser el centro de atención. Desde pequeña, había intentado pasar lo más desapercibida posible, concentrarse en sus cosas y ser productiva. Nada más.

Y todo lo contrario a Gabe Jenkins.

Solo le hacía falta entrar en una habitación para que todas las miradas se centrasen en él de golpe. No parecía desagradarle. Tampoco alardeaba de ello. Era como si estuviese acostumbrado o algo por el estilo. Por primera vez, al pensar en cuántas mujeres habrían pasado por los brazos de Gabe, ella notó una leve sensación incómoda en la tripa. ¿Celos? ¿Enfado? Sacudió la cabeza. Ni en un millón de años se permitiría algo así. No, no y no.

—Chicas, voy a darme una ducha antes de que llegue tarde —dijo levantándose del sofá. Una hora después había quedado en el impresionante ático de Stella para hacerles la entrevista a ella y a su marido. Con la compañía de Gabe, para su desgracia.

El apartamento de Stella le pareció igual de bonito y acogedor que la primera vez que lo visitó días atrás. Ella y Gabe avanzaron por los pasillos hasta la terraza en la que habían preparado algunas pastas y algo de beber mientras los futuros novios esperaban sentados y charlando animadamente. Se levantaron en cuanto los vieron.

—Encantada de conocerte, Jenkins —le dijo.

—Lo mismo digo. —Los saludó a los dos.

Se acomodaron e insistieron en que se tomaran algo con ellos antes de empezar con la entrevista, para la que Jane ya había preparado su grabadora y el bloc de notas.

—Relájate, querida. No hay prisa —dijo Stella.

—Eso es como pedirle a un cerdo que vuele —añadió Gabe y se llevó por ello un pisotón por debajo de la mesa mientras los otros dos reían ante el comentario.

—No creáis, él se me suele adelantar. —Jane decidió contraatacar—. Cuando no empiezo a trabajar en seguida, se pone de los nervios, ¿verdad, Gabe? Le apasionan las bodas. Llevaba años deseando ocupar este puesto de trabajo y ahora que por fin lo ha conseguido no quiere perderse ni un solo detalle. La semana pasada hizo veinte fotografías a unos globos dorados.

—Vaya. —El tipo ruso lo miró sorprendido.

—Sí, esa es... mi afición... —Gabe suspiró—. Las bodas.

—Nunca lo habría adivinado —comentó Stella jovial—. ¿Crees que el año que viene serán tendencia las bodas rústicas o las modernas?

—Uhhh... —Gabe dudó—. ¿Rústicas?

—Qué bromista eres. —Jane le dio un golpecito con la mano en el hombro para intentar arreglar la situación y Gabe atrapó su muñeca por debajo de la mesa, antes de que pudiese apartarla. La retuvo allí, sobre su pierna, hasta que el contacto se volvió extrañamente intenso e íntimo y terminó por soltarla de golpe con las pulsaciones aceleradas.

—Deberíamos empezar ya —comentó.

—Sí, cierto. Querido, ¿estás preparado?

El marido asintió y Jane abrió su libreta.

—¿Cómo os conocisteis? —les preguntó.

—Estábamos en una fiesta... —comenzó a decir ella entusiasmada—, y tropezamos, de manera que Edward me tiró su copa encima de mi vestido favorito.

—No fue así, ¡tú te lanzaste sobre mí!

Los dos se miraron enamorados antes de reír.

—¡De eso nada! La cuestión es que fue un estropicio. Yo estaba enfadada, claro, aunque conseguí arreglarlo en el baño. La sorpresa fue que, cuando llegué a mi habitación, que era en ese mismo hotel, tenía un vestido nuevo en la cama, dentro de una caja.

—Ohhh —se le escapó a Jane—. Perdona. Sigue.

Gabe la miró de reojo, observando su reacción. Mientras Stella explicaba que la caja iba acompañada de una invitación para cenar al día siguiente, Jane sonrió y lo hizo sinceramente, con la boca y con la mirada, una sonrisa espléndida que a Gabe lo dejó sin respiración. Porque estaba preciosa cuando sonreía y ahora no podía dejar de preguntarse por qué no lo hacía más. Conforme Stella entraba en detalles, la sentía enternecerse a su lado. Por primera vez, pensó en lo duro que sería para ella pasarse el día en las bodas de los demás, escuchando bonitas historias de amor y siendo testigo de numerosos enlaces...

Pero ¿qué quería ella? ¿Qué anhelaba Jane?

Una parte de él deseaba complacerla.

Y le asustaba sentirse así, porque normalmente Gabe solía pensar tan solo en sí mismo, en su madre y, de vez en cuando, en los Miller ya que, a fin de cuentas, habían sido la única familia (o algo parecido) que él había tenido jamás.

—¿Creen en los *para siempre*? —prosiguió Jane.

—Ahora sí —contestó Edward mirando orgulloso a su prometida—. Reconozco que durante muchos años pensé que jamás sentaría cabeza —explicó con ese acento tan característico que tenía—, pero a veces en la vida aparece tu otra mitad y solo tienes una oportunidad para decidir si la pierdes para siempre o eres lo suficiente listo como para ir a por todas. Y aquí me veis. Supe que no podía dejarla escapar.

Habían pasado varias horas desde que salieron de aquella entrevista y Gabe seguía pensando en las palabras de aquel empresario ruso. En ellas y también en la manera en la que Jane lo miraba, con esa desconfianza. Nunca bajaba del todo la guardia cuando él estaba cerca y eso empezaba a molestarle. Sobre todo, porque echaba de menos a esa chica desinhibida y divertida con la que había pasado una noche la mar de interesante en aquella terraza en la que le había enseñado su ropa interior colorida.

Se había pasado la vida acostándose con mujeres que lo perseguían a él y ahora que por fin él perseguía a una, era incapaz de conseguir que quisiese algo.

Lo que por otra parte casi era mejor. Porque a Gabe le preocupaba no saber qué quería exactamente de Jane Davis y, ahora que la conocía más, tampoco pretendía hacerle daño. Se le pasó por la cabeza la idea de tener una relación estable con ella, que sin duda era lo único que Jane aceptaría, pero se echó a reír él solo, en su apartamento, porque le resultó algo descabellado y muy lejano. Ni siquiera sabría comportarse como un novio de verdad. Se imaginó a sí mismo teniendo citas, acudiendo al cine o a cenar a un restaurante romántico un sábado por la noche y notó un nudo en la garganta, incómodo y fuerte.

Suspiró profundamente antes de meterse en la cama.

Y una vez allí la cosa no mejoró, porque se pasó horas dando vueltas y más vueltas sin dejar de pensar en ella. Ese era su problema. Que no podía dejar de hacerlo. Y que Gabe Jenkins no estaba acostumbrado a eso de pasarse casi tres semanas pensando en una misma mujer con la que, ¡por el amor de Dios!, ni siquiera se había besado.

Estaba comportándose como un quinceañero.

Enterró la cabeza en la almohada y resopló.

9

El sábado por la tarde, una hora y media antes de que la boda de Stella y Edward diese comienzo a las afueras de la ciudad en una bonita casa de campo, Gabe montó en el coche que la empresa había mandado a buscarlo y se arregló los puños de la camisa mientras se dirigían hacia el apartamento de Jane en la otra punta de la ciudad.

Como era de esperar, ella estaba lista.

Montó en el vehículo por el otro lado con un suspiro mientras se colocaba bien la falda sobria de color berenjena del vestido que llevaba puesto. El chofer arrancó. Apenas habían avanzado unas cuantas manzanas cuando Gabe señaló algo bajo el corpiño porque, muy a su pesar, no había podido evitar fijarse en su delantera, aunque no se veía nada, claro.

—Creo que tienes una mancha. Y bien grande.

—¿Qué? Pero eso... ¡no es posible! ¡Lo llevé a la tintorería la semana pasada!

—Pues deben de estar ciegos, porque vamos...

—No pasa nada —se dijo para sí misma—, tenemos tiempo. Perdone, señor, ¿podríamos dar media vuelta? Me temo que tengo que volver a casa para cambiarme.

El hombre obedeció las instrucciones y regresaron a la calle en la que Jane vivía. Cuando ella bajó del coche a toda prisa, él la siguió sin dudarle, entrando en el rellano.

—¿Qué demonios crees que haces? —le gritó.

—Acompañarte. No vaya a ser que te pierdas.

—¡No tengo tiempo para discutir contigo, Gabe!

Él sonrió mientras iba tras ella y lograba colarse en su casa. Lo cierto era que le había podido la intriga y quería saber cómo era el pequeño rincón en el que Jane vivía. No tardó mucho tiempo en darse cuenta de que el apartamento era compartido, porque había cosas que dudosamente podrían pertenecerle, como la falda rosa que estaba tendida o las películas de acción. Cuando se percató de sus propios pensamientos, le asustó la idea de conocerla tan bien en apenas tres semanas. Tres semanas que ahora le parecían meses.

Jane salió dos minutos después. Iba enfundada en un vestido gris, apagado y sin gracia. Gabe frunció el ceño en cuanto la vio y ella chasqueó la lengua.

—¿Qué problema tienes ahora?

—Es... es como el color de la muerte...

—Eso sería el negro, ¿no crees?

—El negro al menos es elegante. Seductor. Esto es un jodido crimen.

—No sabía que te interesase la moda.

—Es que no hace falta ser un experto para darse cuenta de que pareces una

monja envuelta en una sábana sucia o algo así. ¿No tienes nada mejor? Se supone que eres mi pareja esta noche. Vamos, Jane, no pongas esa cara. Yo me he molestado en comprarme un traje.

Ella le echó un vistazo y se dio cuenta de que, en efecto, él decía la verdad. Gabe llevaba un traje oscuro que se ajustaba a la perfección a ese cuerpo que el cielo le había regalado por el mero hecho de existir, algo profundamente injusto. Con un resoplido de frustración, se dirigió de nuevo hacia la habitación, pero se dijo que no lo hacía por él, sino porque hacía mucho calor y ese vestido resultaba un poco asfixiante, la verdad.

Abrió el armario e intentó encontrar algo un poco más atrevido, pero tan solo dio con un vestido rojo y ajustado que se había comprado años atrás por insistencia de Zoe y Gina y que jamás había llegado a usar. Le daba demasiada vergüenza. Tenía la sensación de que aquel color tan llamativo atraería la atención de todo el mundo y... ¡a la mierda!

Lo sacó de la percha. No supo qué fue lo que despertó esa sensación de querer verse diferente aquella noche, si fue por ella o fue por el chico que esperaba fuera, pero la cuestión es que diez minutos después salió de allí envuelta en aquella tela suave que se ajustaba su silueta y que tenía un escote ovalado que mostraba más de lo que Jane recordaba.

Gabe parpadeó y el marco de fotos que tenía en la mano se le resbaló y cayó al suelo. Por suerte, no llegó a romperse y rápidamente volvió a dejarlo en la estantería.

—Joder —susurró—. Estás...

—No hace falta que digas nada.

—Resulta difícil no decir nada, la verdad.

Se miraron intensamente en medio del salón.

—Vamos a llegar tarde. —Ella rompió el momento y él asintió mientras contenía el aliento y la siguió cuando salió del apartamento, incapaz de apartar la mirada de su trasero, que se movía a cada paso que daba hacia el coche que seguía esperándolos.

Una vez dentro, Gabe intentó disimular que estaba excitado. No recordaba la última vez que se había puesto duro tan solo mirando a una mujer vestida caminando delante de él. ¿Qué narices le estaba pasando? Se mesó el pelo entre los dedos y permaneció callado todo el trayecto hasta la casa de campo en la que iba a celebrarse la boda. Apenas podía respirar sin advertir el suave aroma que Jane desprendía a su lado. Deseaba tocarla. Y besarla. Lamerla por todas partes hasta que ella gritase su nombre y entonces... entonces...

—Gabe, ya hemos llegado —le dijo cortante.

—Ah, eso. Sí, claro. —Salió del coche distraído.

El lugar estaba adornado con guirnaldas que colgaban de las copas de los árboles y creaban un ambiente mágico y lleno de luz junto a las velas que había encendidas en cada una de las mesas. Gabe y Jane caminaron entre los invitados. Había camareros llevando en las manos bandejas con canapés como un pequeño aperitivo y copas de champán. Él cogió dos y le tendió una

a Jane antes de probar las pequeñas delicias que servían.

—No está mal, pero espero que den algo más o moriré de hambre. —Se comió una tercera sin miramientos—. ¿Cómo lo describimos, ratita? «Un aperitivo suave y exquisito, a la par que elegante y perfecto para dar la bienvenida a una noche de amor».

—Veo que empiezas a pillarlo...

Jane intentó en vano mantenerse seria.

—Así que en eso consiste ¿no? En adornarlo.

—Algo así. O más bien en describirlo con buenos ojos. —Le dio un sorbo a su copa mientras caminaban por el jardín—. ¿No haces tú lo mismo? En el deporte, quiero decir. Podéis decir que un equipo no hizo un buen partido, pero eso es adornar la realidad si en realidad hizo un partido tremendamente malo. Supongo que todo depende de las palabras que se elijan —reflexionó en voz alta.

Gabe la miró y asintió muy a su pesar.

—Tienes razón. Entonces, no todo te gusta.

—Claro que no. Ninguna de estas bodas se parecen a la que espero tener yo algún día. Quiero decir, es algo muy personal, ya lo sabes. Yo solo hago bien mi trabajo. Pero a pesar de eso, sí, me gustan en general, el acto en sí, la idea de encontrar a una persona con la que esperas pasar toda tu vida, el compromiso, incluso aunque no siempre salga bien...

Dejó de hablar cuando se dio cuenta de que Gabe la miraba de esa manera

ardiente que ella apenas podía soportar. Sacudió la cabeza, como dando a entender que no dejaba de decir tonterías y apuró lo poco que le quedaba a su copa antes de seguir andando.

Gabe fue tras ella sin dejar de observar cada uno de sus movimientos. La sutil forma que tenía de beber para no estropearse el pintalabios, lo poco que gesticulaba como si hacerlo fuese a revelar demasiado de sí misma y ese halo de misterio que, aunque ella no se diese cuenta, había empezado a atraer algunas miradas. Para empezar, la de él, que era incapaz de apartar la vista de ella ni un solo segundo. Y no solo porque esa noche estuviese especialmente atractiva enfundada en ese vestido rojo, sino porque toda ella resplandecía.

No entendía cómo no se había dado cuenta antes.

A saber la de veces que se había cruzado con ella en cenas de la empresa o en los pasillos de la oficina y jamás se le había pasado por la cabeza que detrás de ese rostro severo y esos hombros demasiado tensos se escondiese una mujer que lo atraía como si fuese una luz potente y él acabase de convertirse en una pequeña y aturdida polilla.

—Así que, si tú fueses a casarte, ¿cómo sería tu boda soñada?

—¿Quieres que responda para que puedas burlarte de mí?

—No exactamente. Un poco sí, quizá —añadió bromeando para aligerar el nudo que tenía en la garganta y que apenas le dejaba respirar. Quería besarla.

—Pues sería algo sencillo e íntimo, por tópico que suene. Y me gustaría ponerme el vestido de mi abuela. Necesita algunos arreglos, claro, porque

está más que pasado de moda y, como seguramente tú notarías, es cerrado hasta el cuello, clásico y sobrio, pero...

—Es una idea... bonita. —Las palabras salieron casi atascadas. Gabe no recordaba haber dicho nada tan cursi en toda su vida. Seguramente Blake se troncharía de risa si pudiese escuchar lo que acababa de decir. Se aclaró la garganta—. Creo que deberíamos sentarnos.

—Sí, claro. —Ella suspiró antes de seguirlo.

Se acomodaron en la mesa que les habían asignado y devoraron la cena mientras los dos hacían comentarios sobre la comida y Jane apuntaba en su pequeña libreta. En algún momento indeterminado, Gabe se dio cuenta de que se estaba divirtiendo y no quiso pensar más en ello ni seguir preocupándose, tan solo disfrutar del momento y ya está.

Sirvieron un sorbete de frutas, el postre y, después, la música empezó a sonar y los novios ejecutaron el primer baile. Gabe apenas les prestó atención, porque el perfil de la chica que tenía sentada al lado acaparaba toda su capacidad de concentración.

Pasó casi media hora antes de que preguntase:

—¿Te apetece bailar? —Le tendió la mano.

—¿Aquí...? No sé si es...

—No digas *apropiado*.

—Pero, es que...

—Vamos, ratita, relájate un poco.

Ella cedió cuando él tiró de su mano y la levantó. Se acercaron hasta el centro del jardín donde las demás parejas bailaban una melodía lenta. Jane se estremeció al sentir los dedos de Gabe estrechando los suyos con suavidad, como si temiese ser demasiado brusco. Sus cuerpos se acercaron lentamente. Podía notar el aliento cálido y mentolado de él cerca de su mejilla cuando el espacio entre ellos terminó siendo casi inexistente. Jane cerró los ojos porque, durante un corto momento, deseó poder ser esa chica que bailaba sin preocupaciones con un hombre atractivo que esa noche parecía tener solo ojos para ella.

Se dejó llevar por las notas de esa canción y por la electrizante emoción que sentía al notar sus dedos en torno a su cintura, cada vez más firmes e inflexibles...

Él se apartó un poco hacia atrás para poder mirarla. Estaba preciosa bajo la luz de las guirnaldas. Tranquila, cómoda entre sus brazos. Le gustó poder hacer que se sintiese así cuando normalmente a su alrededor siempre se mostraba tan tensa y alerta. Miró su rostro, su bonita nariz respingona y sus labios entreabiertos.

Y en ese momento supo que iba a besarla.

Sabía que eso complicaría las cosas tanto como también sabía que él no era la persona adecuada para ella, alguien que apenas tenía las cosas claras... pero necesitaba probar su sabor, cubrir su boca con la suya y llevarse ese momento con él...

—¡Mierda! —gimió Jane.

Gabe abrió los ojos de golpe.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—El vestido... —Su voz era un murmullo bajo—. Se ha roto... el maldito vestido...

Él parpadeó antes de conseguir entenderla. Bajó las manos por su cintura y notó la costura abierta, la piel de Jane en contacto directo con la yema de sus dedos. Un escalofrío de deseo lo recorrió incluso a pesar de la situación. Intentó pensar con rapidez.

—Ven, pégate a mí. Vamos dentro.

—Pero van a vernos...

—No, si finges que me quieres mucho.

—¿Qué intentas decirme?

—Abrazame. —Sonrió contra su pelo.

Jane deseó golpearle, pero hizo lo que le pedía y dejó que los brazos de él la rodeasen y que, delante de algunos invitados que los miraban, se moviese con rapidez hacia la casa, como si estuviesen viviendo un momento de pasión desenfrenada y no pudiesen pararlo durante más tiempo. A pesar del bochorno, Jane le agradeció a Gabe su colaboración.

Entraron en la casa de campo y él la metió en lo que parecía ser un pequeño cuartito de los trabajadores del lugar. Cerró la puerta con el pestillo y encendió la luz de la pequeña lámpara que estaba sobre una mesita circular.

Jane intentó taparse en vano.

—¡Ni se te ocurra mirar! —rogó.

—Veamos que hay por aquí...

Gabe encontró el pantalón negro de un uniforme de camarero y se lo lanzó antes de empezar a quitarse la chaqueta del traje y a desabrocharse la camisa. Ella lo miró alucinada, mientras botón a botón dejaba al descubierto la piel bronceada de ese torso marcado y atlético. Notó que se le encendían las mejillas y la respiración se le aceleraba. Llevaba demasiado tiempo sin ver a un hombre desnudo delante de ella. Era eso, sí.

—Vamos, quítate el vestido —dijo él.

—¿Delante de ti? ¿Estás loco?

Gabe masculló algo por lo bajo.

—Créeme, no veré nada nuevo.

—Ah, qué halagador. —*Maldito imbécil*, pensó mientras bajaba la vista por el ajustado vestido y se preguntaba qué hacer. Se castigó mentalmente varias veces por haber cometido el error de ponerse esa ridícula prenda; era evidente que había engordado o que los años que llevaba metido en el armario habían debilitado el tejido. A saber. Resopló—. Date la vuelta.

—¿Por qué? Tú me estás mirando a mí.

Gabe alzó las manos en alto. Los músculos de su estómago se flexionaron con suavidad y Jane no pudo evitar tragar saliva y sentir un cosquilleo mientras se fijaba en la cintura de sus pantalones de vestir, esos que

escondían la leve uve que se dibujaba en la parte inferior.

—¡Porque no me has dejado otra opción! —gritó.

—Y no parece disgustarte mucho. —Dio un paso hacia ella. Jane notó cómo le temblaban las rodillas al percibir su aroma tan cerca. Se quedó muy quieta mientras Gabe deslizaba una mano por su cintura y subía por su espalda—. Deja que te ayude con esto...

Se estremeció cuando él le bajó la cremallera y sintió el aire frío en la espalda desnuda. Después cogió la camisa que Gabe le había dado y se desprendió del vestido a toda prisa antes de empezar a meter los brazos por las mangas de la camisa como si la salvación a su vida estuviese escondida en ese pequeño trozo de tela.

Escuchó la risa de él.

—¿De verdad te parece gracioso? —rugió.

—Sí. Eres de lo más graciosa. Tú y el sujetador que llevas, por cierto —dijo mirándola divertido con los ojos brillantes y el torso aún desnudo. Llevaba puesto un sujetador de encaje negro, pero con pequeñas cerezas rojas estampadas—. Aunque aún sería mejor quitártelo...

—¡Gabe! —exclamó y le lanzó su vestido.

—¿Es un regalo? ¿Tienes un fetiche con...?

—¡Cállate y vístete! Tenemos que largarnos de aquí antes de que todo el mundo me vea vestida de camarera y a ti, a ti... —balbuceó nerviosa.

—Tranquila, me pondré la americana encima.

—Sí, eso sería perfecto. Gracias.

Apartó la mirada de los cuadraditos de su estómago y se reprendió por ese hormigueo que recorría todo su cuerpo y que no podía reprimir. ¿Qué le estaba pasando? Se suponía que ella era diferente y que jamás caería a los pies de Gabe Jenkins y, sin embargo, le faltaba muy poco para ponerse a babear allí mismo y rogarle que rompiera su celibato.

Estuvo a punto de darle las gracias cuando él se tapó al fin y abrió la puerta para que saliesen. Se dirigieron como dos ladrones de poca monta por la parte trasera de la casa de campo. Algo que, como pudieron comprobar rápidamente, no fue una buena idea.

—¡Maldita sea! —Jane gimió y cerró los ojos.

—¿Qué pasa ahora? —Él se giró.

—Hay bichos... todo... ¡lleno de bichos!

Los matorrales entre los que caminaban se agitaron y Jane profirió un grito desgarrador que hizo que Gabe se inclinase hacia ella y le tapase la boca con una mano. Se quedaron en el silencio de la noche interrumpido por los grillos que cantaban a su alrededor, respirando agitados. Jane se calmó poco a poco, aunque su corazón no llegó a hacerlo del todo por culpa del hombre que tenía delante. La luz de la noche se reflejaba en sus ojos brillantes.

—Tenemos que salir de aquí —dijo él.

—Sí, de acuerdo. —Ella le siguió despacio.

No le dijo que echó de menos el tacto de la palma de su mano contra su

boca o que le había faltado poco para echar por tierra todos sus propósitos sobre mantenerse firme y encontrar al hombre perfecto con el que compartir su vida. Nada de locuras. Ni de deseos esporádicos. Nada de dejarse llevar. O de caer en la tentación...

Pero ¿por qué era tan guapo...?

Consiguieron llegar a la carretera sin que ninguno de los invitados llegase a verlos. Una vez allí, lograron coger un taxi y ella dejó escapar un suspiro de alivio cuando él le dio la dirección de su apartamento al hombre. Los dos se mantuvieron sumidos en un silencio tenso mientras recorrían la carretera y regresaban a la ciudad. Una vez llegaron y el coche paró delante de la casa que Jane compartía con Zoe, ella le echó un vistazo a la calle para asegurarse de que ningún vecino la veía vestida de aquella guisa antes de abrir la puerta.

Gabe bajó también y la acompañó hasta el portal.

Ella suspiró y se giró hacia él.

—Gracias por todo —le dijo.

—Ha sido una noche divertida.

—Supongo que puede verse así...

—Jane —la llamó con la voz ronca.

—Dime. —Se dio la vuelta otra vez.

—Llevas... —Señaló su camisa—. Llevas algunos botones desabrochados.

—¡Ay, maldita sea! —exclamó avergonzada.

—Espera. Son los ojales, quedan grandes.

Jane se quedó paralizada cuando él dio un paso al frente y cogió un botón con los dedos largos y masculinos para abrochárselo con delicadeza. Justo el botón que quedaba a la altura del pecho y donde antes dejaba a la vista su sujetador negro con cerecitas. Jane sintió que el corazón le latía a toda velocidad cuando él alcanzó el segundo botón. Si alguien le hubiese dicho hace apenas un mes que Gabe Jenkins la vestiría en vez de desvestirla, no se lo hubiese creído ni en un millón de años. Notó que se le aflojaban las rodillas. Aquello era demasiado.

—Gabe... —susurró temblando.

—Si vuelves a decir mi nombre así, te besaré.

—Gabe... —repitió apenas un segundo después.

Él sintió que algo se agitaba en su pecho y mandó todo su autocontrol al carajo cuando le sujetó el rostro por las mejillas y la besó en medio de la calle desierta, bajo la luz de las farolas. Sus labios dulces acogieron los suyos y Gabe se dio cuenta entonces de que estar enamorado debía de ser algo así; sentir que la tierra se abría bajo sus pies tan solo con un simple beso.

La apretó contra su cuerpo con suavidad mientras se esforzaba por ser delicado y no arrancarle la ropa allí mismo, antes siquiera de entrar en el portal. Le acarició con la lengua, recorriendo la dulce cavidad de su boca al tiempo que intentaba recordar que Jane no era como las demás mujeres que había conocido, era... diferente, aunque no estaba seguro de por qué ni qué significaba eso para él o para ellos. Se separó de ella jadeando.

Jane lo miró vacilante y muy nerviosa.

—¿Vas a subir? —Era toda timidez.

—Yo... creo que no debería...

—Entiendo. De acuerdo.

Ella lo miró una última vez antes de entrar en el portal del edificio y Gabe se quedó allí, con la frente apoyada en la pared mientras, probablemente, el taxista lo miraría raro. Pero es que estaba seguro por la expresión de Jane de que no lo había entendido bien. Aunque, por otra parte, ¿cómo iba a hacerlo si ni siquiera él se aclaraba?

Por supuesto que quería subir. No había nada que desearse más. Pero tuvo la sensación de que, si lo hacía y cedía a sus instintos, Jane pensaría que se estaba comportando como exactamente ella esperaba que lo hiciera. Y no quería ser predecible ni darle a entender que aquello era algo normal para él, porque no lo era, desde luego que no. Gabe no se sentía así desde que tenía quince años y se enamoró platónicamente de su profesora de literatura.

Ya no recordaba esa sensación de nerviosismo, torpeza e incertidumbre que acompañaba a los sentimientos más profundos, esos que no se limitaban a una maratón de sexo bajo las sábanas. Aunque eso no quitaba que él no pudiese dejar de imaginarse cómo sería tener a la correcta y perfeccionista Jane Davis en su cama. Tenía el presentimiento de que juntos se lo pasarían muy bien y esa misma noche podría haber salido de dudas y haber recorrido su cuerpo con las manos y con la lengua, pero lo había echado todo al traste

intentando ser, ¿qué?, ¿más caballeroso?, ¿más educado? ¡Menuda tontería!
Especialmente cuando Jane ya daba por hecho que él era el mismísimo demonio y que se había acostado con la mitad de la oficina. Pensó en llamar al timbre, pero terminó dando media vuelta.

10

Jane quería gritar muy fuerte. Pero no lo hizo. En lugar de eso, se desvistió con lentitud, intento no llorar y después se metió en la ducha. Bendijo el día que Zoe se empeñó en comprar una ducha de hidromasaje, porque, según ella, era un bien esencial y muy básico. En aquel momento se lo parecía. Bajo el agua caliente, se frotó la cara para quitarse los restos de maquillaje e intentó olvidar el ridículo que acababa de hacer.

Porque se sentía así. Completamente ridícula.

¿Vas a subir?, la pregunta se repetía en su cabeza una vez tras otra a modo de tortura china. ¿En qué momento había perdido el juicio y había terminado casi rogándole a Gabe Jenkins que pasase la noche con ella?, ¿cómo había terminado así? Y lo que era peor, ¿por qué no podía dejar de pensar en el beso que acababan de darse en el portal?

Apagó el grifo de la ducha de un manotazo y cogió una toalla. Tardó un rato en dejar de mirarse en el espejo comparándose con todas las demás mujeres que habrían pasado por la vida de Gabe y sintiéndose pequeña y tonta. Lo cierto era que no era ni guapa ni fea. Del montón. Tenía una nariz bonita. Unos ojos normales y castaños. Una frente más ancha de lo que podía considerarse común y un cuerpo de líneas sencillas, sin muchas curvas.

Salió del baño vestida con una toalla y fue a la cocina para servirse una copa de vino. Llamó a Zoe, pero saltó su buzón de voz y pensó que, conociéndola, estaría divirtiéndose en algún local de moda y viviendo la vida loca. Ella habría deseado ser así, aunque fuese por una sola noche, ¿era tanto pedir? Se ponía tantas normas y barreras a sí misma que pensó que podría saltárselas como algo esporádico. Por eso y porque ya no aguantaba más la tensión y lo mucho que Gabe la atraía con su mirada canalla y su sonrisa ladeada.

Pero allí estaba. Sola. Como siempre. Bebiendo en la cocina blanca de su apartamento y contemplando las manecillas del reloj, que se movían lentas, casi de forma angustiosa.

Se sirvió una segunda copa de vino.

Y después una tercera.

Y en algún momento entre la cuarta y la quinta, decidió que era una idea fabulosa volver al cuarto de baño, coger la camisa que Gabe le había dejado y ponérsela mientras sonaba de fondo una balada triste que había puesto en la minicadena, algo de James Blunt, probablemente. Cantó desafinada, siguió bebiendo y se entretuvo insultando mentalmente a Gabe de mil formas diferentes mientras algunas salpicaduras de vino caían en su camisa.

El cerrojo de la puerta se abrió con un chasquido.

—¿¡Se puede saber qué estás haciendo!?

Zoe miró alucinada a su amiga que, encima del sofá, cantaba una melodía

triste usando el mando de la televisión como micrófono improvisado.

—¿Yo? *Nadaaaaa* —balbuceó.

—¿Y estás borracha?

—*Nop* —mintió.

—Madre mía, Jane, ¿se puede saber qué ha pasado? —Zoe paseó la vista por la cocina llena de ganchitos desperdigados del paquete abierto y la botella de vino a medio acabar. Alzó las cejas sorprendida mientras su amiga seguía desafinando a pleno pulmón—. Vale, algo muy malo ha debido de ocurrir para que estés así. Jane, cielo, baja de ahí.

—¡No quiero! —protestó como una niña pequeña.

—Vamos, mañana me lo agradecerás. Hora de dormir.

—¡No! ¡Estoy harta, Zoe! ¡Harta! Llevo más de un año siendo perfecta, ¿qué digo? ¡Toda mi vida! —gritó para hacerse oír por encima del volumen de la música. Zoe tembló al pensar en su vecino de abajo, ese que siempre les pegaba la bronca en cuanto subían un poco el tono. Mañana le bajaría unas galletas de mantequilla como disculpa—. ¡Me he pasado la vida entera siendo perfecta! ¿Y para qué? Mis padres jamás se acuerdan de llamarme, mi prometido me engañó con otra y Gabe Jenkins, ese cerdo que se acuesta con cualquier ser humano con vagina, ¡acaba de rechazarme! ¡Ahí lo tienes, Zoe, tocada y hundida!

Zoe deseó poder hacer algo para aliviar su decepción, pero Jane estaba tan borracha que nada de lo que le decía parecía surtir mucho efecto en ella. Así

que, en algún momento, decidió que lo mejor que podía hacer era convencerla para que se acostase. Ya hablarían a la mañana siguiente, cuando se le hubiese pasado el efecto del vino.

La acompañó hasta su habitación, que estaba tan pulcramente ordenada como de costumbre, y la metió en la cama antes de arroparla como a una niña pequeña.

—¡No sabes cuánto lo odio! —gimió.

—Jane, no lo pienses más —le dijo.

—Ese es el problema. Que no puedo dejar de pensar en él.

Después de confesar aquello sin ser muy consciente de lo que decía, se dio media vuelta en la cama y Zoe apagó la luz, más intranquila que nunca, temiendo que su amiga se hubiese enamorado de Gabe Jenkins. Porque Zoe era una chica a la que le gustaba divertirse, conocer hombres y tener aventuras esporádicas, pero precisamente por eso sabía bien que los hombres como Gabe nunca cambiaban. No. Los hombres como él estaban destinados a contentar numerosas camas, pero no un solo corazón.

Y pese a lo que pudiese parecer, su amiga sabía de primera mano que el corazón de Jane era frágil, dulce tras romper la primera capa con la que se protegía, y propenso a sufrir desengaños. Así que cruzó los dedos mientras cerraba la puerta para que no hubiese cometido el tremendo error de entregárselo a la persona menos adecuada.

Jane abrió los ojos y pensó que tenía un tambor en la cabeza. Tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba en su cama y de repente aquel aroma masculino y atrayente la envolvió y le erizó la piel. Se giró rápidamente buscando a otra persona entre las sábanas, pero allí no había nadie. Hasta que no descubrió que llevaba puesta su camisa, no se dio cuenta de dónde venía ese olor que ya empezaba a resultarle familiar.

Profirió un quejido al darse cuenta de que había manchado la camisa de Gabe y se la quitó a toda prisa antes de buscar algo suyo en el armario para vestirse. Salió a la cocina y paró en seco al ver que tanto Zoe como Gina estaban sentadas en el sofá y parecían esperarla.

—Ya se ha despertado la Bella Durmiente —dijo Gina.

—Temíamos que te hubieses convertido en un oso hibernando.

—Muy gracias. He estado... uhm...

—Recuperándote de una borrachera.

—Eso, sí —admitió finalmente Jane.

Fue directa hasta la cafetera y se sirvió un café cargado, porque temía que lo iba a necesitar. Cuando se sentó en el sillón que estaba enfrente del sofá, las dos pasearon la mirada por su cabello hecho un desastre tras no habérselo secado la noche anterior después de la ducha y su aspecto, que seguramente había tenido días mucho mejores.

—¿Y bien? ¿No tienes nada que contarnos?

—No me apetece hablar, chicas.

—¡Jane! ¡Maldita seas! ¡Somos tus amigas! Queremos que nos cuentes las cosas cuando lo estés pasando mal —protestó Gina—. ¿Por qué no nos dijiste que te estabas empezando a pillar por Gabe Jenkins? ¡Por lo que más quieras! ¡Es un suicidio!

—¿Qué? ¡No! Yo no estoy empezando a pillarme. En absoluto. Para nada. —Las palabras sonaban más falsas cada vez que intentaba enfatizarlas—. Sabéis que jamás me fijaría en un tipo como él. Es arrogante, mujeriego, desconsiderado... —Se silenció cuando se reprendió a sí misma por decir aquello en voz alta, porque, sin duda, Gabe no era desconsiderado. O, al menos, con ella no lo estaba siendo. Suspiró impaciente—. La cuestión, chicas, es que no me gusta. No me gusta en absoluto —concluyó antes de darle un sorbo a su café.

Zoe alzó las cejas sin dejar de mirarla.

—Entonces explícame por qué ayer lo invitaste a subir a casa.

Jane estuvo a punto de escupir el café. No recordaba haber entrado en detalles. A decir verdad, no recordaba nada de la noche anterior, para resumir.

—Eso, bueno, fue un error. Un gran error.

—Jane, sé sincera con nosotras —pidió Gina.

—¡Está bien! Me parece atractivo, ¿y a quién no?, ¿acaso es un delito? Enséñame en qué artículo de la constitución queda prohibido sentir deseos

por... por ese hombre... —Cerró la boca al darse cuenta de que empezaba a parecer idiota delante de sus amigas.

—¿Y él te rechazó? —Siguió preguntando Zoe.

Jane dejó la taza de café y entendió que no se libraría de tener que contarles toda la historia, así que hizo de tripas corazón y se preparó para sufrir un interrogatorio en toda regla. Así como Gina y Zoe solían ser abiertas y muy dadas a contar sus aventuras y desventuras amorosas, Jane era todo lo contrario. Cuando su prometido la dejó, apenas era capaz de pensar en ello, en él acostándose con otra mientras ella organizaba su boda soñada y miraba cada noche el vestido de su abuela que guardaba con mimo en el armario, así que ni mucho menos se sintió capaz para hablarlo en voz alta. No hasta que, dos meses después, harta de sus negativas, Zoe se la llevó a un local, llamó a Gina y la emborrachó. Y entonces sí, fue lo que Jane necesitaba para dejar de contenerse y soltar todo el lastre que llevaba acumulando día tras día durante la ruptura. Fue como respirar. Estaba tan acostumbrada a guardárselo todo que, en el momento en el que decidía abrirse, las emociones salían disparadas.

—Sí. Me rechazó. En realidad, me besó cuando bajamos del taxi, delante de la puerta. Y fue un beso... uhm, ¿cómo explicarlo? El mejor beso que recuerdo. Sí, creo que eso se ajusta a la realidad. Así que, quizá confundida por ese beso mágico lleno de unicornios y purpurina, perdí la cabeza y le pregunté si iba a subir a casa.

—Y entonces... —la instó Gina impaciente.

—Entonces dijo que no era una buena idea.

Las dos amigas parpadearon confundidas y se miraron.

—No parece ajustarse al modus operandi de Gabe —dijo Gina.

—¿Es un modus operandi tirarse a todo lo que se mueve? —preguntó Zoe.

—Gracias, Zoe. Eso me ayuda un montón —replicó Jane enfadada.

—¡Lo siento! No te enfades. Es que creo que Gabe es uno de esos chicos que está demasiado acostumbrado a dejar corazones rotos a su paso y no me gustaría que te hiciese daño. No entiendo por qué te rechazó, pero no deberías bajar la guardia.

—¿Bajar la guardia, Zoe? ¿Bajar la guardia? ¡Ni siquiera estoy segura de poder dirigirle la mirada el lunes por la mañana! ¿Acaso no me has escuchado? —La miró dolida—. ¡Me relajé durante una milésima de segundo por primera vez en años y mira lo que ocurrió!

—¡No es para tanto! A todas nos han rechazado alguna vez.

—Y sigo pensando que no tiene mucho sentido que te besase antes... —añadió Gina.

—¡Me da igual el beso! ¡Me da igual todo! Lo único que quiero ahora mismo es hacerme una bola, coger una capa invisible y desaparecer del mundo durante unas semanas.

—¡Pues no deberías! Porque aquí el único idiota es él.

Pero Jane ya no estaba escuchando a sus amigas. Se terminó el café de un

trago, parpadeó para reprimir las lágrimas que le humedecían los ojos y regresó a su habitación. Encendió el ordenador después de sentarse en la cama y rezó para que su bandeja de entrada estuviese llena de correos reclamando su atención porque, a pesar de que era domingo, necesitaba con urgencia hacer algo de trabajo, algo en lo que volviese a sentirse útil y ella misma.

11

Gabe llegó temprano a la oficina, tal como había estado haciendo durante la última semana. No estaba muy seguro de si era porque le gustaba la mirada satisfecha que Jane le dirigía al verlo o porque quería demostrarle que se preocupaba por su trabajo. De cualquier modo, era evidente que no era algo que hiciese por él mismo, que de buen agrado se hubiese quedado diez o quince minutos más remoloneando entre las sábanas o en la ducha.

Cruzó las puertas del despacho y se sorprendió al descubrir que ella ya estaba allí, tecleando frenéticamente y sin descanso en su ordenador. Una sensación cálida y agradable se adueñó de su estómago al ver su rostro.

Colgó el abrigo del perchero.

—Buenos días, ratita, ¿no piensas saludar?

Ella alzó la mirada hacia él. Una mirada dura.

—Te ruego encarecidamente que dejes de llamarme así.

—Encarecidamente —repitió Gabe sorprendido por el tono inflexible y frío de su voz. Recordaba bien a esa Jane de los primeros días, la tenía justo delante de sus narices.

—Sí, ¿sabes lo que significa esa palabra?

—Creo que sí... —La estudió pensativo.

—Si no, siempre puedes buscarla en *Google*.

Gabe rodeó su escritorio y giró su silla de ruedas consiguiendo que Jane quedase delante de él, apenas a unos centímetros de distancia. Ella profirió un gritito ahogado de sorpresa. Él se inclinó para poder quedar a su altura y miró esos labios entreabiertos y suaves en los que no había podido dejar de pensar. Se contuvo para no besarla.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa?

—¿A mí? Nada. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, quizá porque la última vez que nos vimos te estaba comiendo la boca y en este momento pareces recién llegada del Polo Norte, como un témpano de hielo.

Gabe empezó a ponerse nervioso al ver cómo Jane fruncía lentamente el ceño. Él no estaba acostumbrado a eso, a tener algo con alguien que no fuese meramente sexo. Le costaba captar las señales. Necesitaba que todo fuese claro y fácil, porque estaba desentrenado.

—Entonces explícame por qué pasamos del momento *comer bocas* al momento *rechazo*, porque entre esas dos escenas hay algo que desde luego me he perdido.

Él la miró alucinado y frunció el ceño.

—¿Lo dices en serio? Joder. Yo solo intentaba ser un buen tipo, ¿no era eso lo que querías? ¿Un chico paciente que no intentase meterte mano en la primera cita?

Jane notó que algo se agitaba en su estómago.

¿Qué era lo que Gabe intentaba decirle...?

No estaba segura, pero la mera posibilidad de lo que él estaba insinuando le revolvía las tripas. Recordó las palabras de sus amigas y sus propios desengaños e intentó sobreponerse a ese cosquilleo inesperado que la recorrió ante esa ilusión fantasiosa que él pretendía que se creyese. Ya había caído en demasiados juegos a lo largo de su vida. Cogió aire.

—Sí, eso es lo que busco para mi futuro marido. No para el polvo de una noche.

—El polvo de una noche... —repitió él aturdido.

—¿Acaso no es esa tu especialidad? —replicó ella.

Gabe la miró fijamente durante tanto tiempo que Jane temió ponerse a temblar y que él lo notase de inmediato, así que fingió que tenía mucho trabajo y se dio la vuelta en la silla hacia su escritorio, revisando papeles que en realidad ya había mirado antes, mientras Gabe permanecía quieto como una estatua a su lado, como si aún estuviese asumiendo sus palabras y lo que significaban: que él jamás podría ser más para ella.

—Siento haberte molestado —dijo él con frialdad.

Después Jane lo vio salir a toda prisa del despacho tras coger su chaqueta de nuevo. Cerró con un portazo tan fuerte que toda la oficina pareció retumbar. Ella parpadeó para no llorar. Y en ese momento, sola en su perfecto rincón engalanado con todos esos retales de boda que le recordaban lo que

ella jamás tendría, supo que había cometido el terrible error de enamorarse de Gabe Jenkins. Sus amigas tenían razón. Todo el mundo había podido preverlo. Había vuelto a meterse en la boca del lobo porque, por alguna razón, aquellas semanas había sonreído junto al canalla de Gabe más que durante los últimos años de su vida. Y porque, a pesar de todo, había creído ver en él algo tierno. Y era interesante. También muy inteligente. Y divertido incluso cuando pretendía no serlo. En conjunto resultaba arrollador.

Jane sacó un pañuelo del cajón, se limpió las lágrimas y siguió trabajando.

Casi no se percató de que había pasado más de media hora cuando la nueva secretaria de *la Bestia*, el jefe, entró en su despacho tras llamar a la puerta. Ava Bell era pequeña, apenas pasaba el metro cincuenta de estatura, y tenía un rostro de muñeca; Jane no estaba muy segura de cómo conseguía sobrevivir al hecho de trabajar junto al temible Dominic Miller.

—Perdona que te interrumpa.

—En absoluto. Dime, Ava.

—Quería comunicarte que Gabe Jenkins ha tenido que irse por asuntos personales. ¿Necesitas ayuda? Puedo trasladar a alguna becaria de la primera planta.

—¿Asuntos personales? —Frunció el ceño.

—Sí. Como digo, si necesitas refuerzos...

—No, gracias, lo tengo todo controlado.

—Perfecto. —Ava Bell salió del despacho.

Jane cogió su teléfono móvil y pensó en mandarle un mensaje a Gabe, pero terminó dejándolo encima de su mesa con manos temblorosas, sin entender qué estaba ocurriendo.

Al otro lado de la ciudad, Gabe acababa de salir del metro y subía de dos en dos los escalones del lujoso edificio propiedad de los Miller que tenía unas increíbles vistas al mar. No era la casa de las afueras en la que Gabe había vivido durante toda su infancia junto a aquella adinerada familia, sino una propiedad que compraron años después, donde él pasó algunas de sus juergas universitarias cuando los padres de su amigo se iban fuera de vacaciones.

Como había imaginado, Blake estaba allí.

Abrió la puerta vestido tan solo con los pantalones y sin camiseta. Gabe distinguió rápidamente la marca de pintalabios que llevaba en el cuello y en partes del torso, algo que confirmó del todo en cuanto escuchó las risas femeninas que provenían de la habitación contigua. Suspiró con fastidio y dio media vuelta.

—¿Sabes qué? Mejor vuelvo en otro momento.

—No, espera. Dona y Claire ya se iban, ¿verdad, chicas? —gritó para que pudiesen escucharle. Unos segundos después, aparecieron en el recibidor sin

dejar de reír y se despidieron de Blake dándole un beso en la mejilla—. Ha sido un placer, preciosas.

Cerró la puerta cuando Gabe entró en su apartamento.

—¿Has desayunado? —le preguntó felizmente.

—Eso... no. —Lo siguió hasta la cocina.

Esperó paciente mientras Blake sacaba de la nevera un tetrabrik de zumo. Le dijo que prefería café y encendió la cafetera antes de llenarla de agua.

—Me pregunto qué te trae por aquí un lunes a primera hora de la mañana.

—Yo también —admitió Gabe intranquilo. Se frotó la nuca tras servirse un vaso de café y apoyarse en la encimera de la cocina. ¿Qué hacía allí? Ni idea. Lo único que sabía era que había sentido la necesidad de salir del despacho de Jane, alejarse de ella, pero, curiosamente, no quería estar solo. Su madre estaba de vacaciones con unas amigas y la única familia aparte de ella que Gabe tenía era aquella: los Miller. Incluso aunque a menudo Blake se comportase como un imbécil, seguía siendo su mejor amigo; habían crecido juntos codo con codo y no se le ocurrió a qué otro sitio podía ir si no era allí, incluso sin tener nada que decir.

—Vamos, suelta lo que sea que te pase.

—Necesito saber que no te reirás.

—Veo que esto promete. —Blake sonrió.

Gabe sintió deseos de golpearlo, pero aguantó las ganas. Dejó el café en la encimera, se masajeó las sienes y profirió un suspiro largo y agonizante.

—Creo que me gusta mucho una chica.

—¿En serio? ¿Es acróbata o algo así?

—¿Qué cojones quieres decir?

—Te pregunto si tiene algún don en la cama.

—¡Joder, Blake! No. Bueno, no lo sé, en realidad.

Su amigo parpadeó alucinado e intentó entenderle.

—¿Tanto bebiste como para no acordarte?

—No es eso. La cuestión es que... —se mordisqueó el dedo índice, incómodo al tener esa conversación—. La cuestión es que no me he acostado con ella —confesó.

—¿He oído bien? —Blake frunció el ceño.

—Sí, no es tan raro —se defendió rápidamente.

Blake lo miró como si no pudiese creerse la conversación que estaban manteniendo en aquellos momentos. Soltó un silbido lleno de diversión y se terminó el zumo.

—A ver si lo he entendido. Es la primera vez que me dices que te gusta una chica y, por lo que parece, ni siquiera te has acostado con ella. —Se acercó a él y le tocó la frente—. ¿Seguro que no tienes fiebre o algo así? —soltó tras una carcajada.

Gabe le dio un codazo que le hizo gemir.

—Te pedí que no te lo tomaras a broma.

—¡Pero es que es de locos! No puede gustarte una chica con la que ni

siquiera sabes si encajas en la cama. No entiendo por qué estamos teniendo esta conversación. ¿Tan guapa es? ¿Para qué agencia trabaja? —Lo miró con interés.

—¿Agencia? ¿Qué intentas decir?

—Será modelo, ¿no? O actriz.

—No, nada de eso. —Gabe suspiró.

—¿Y quién demonios es? —preguntó Blake.

—Jane Davis. Trabaja en la sección de bodas.

Blake parpadeó confundido y abrió mucho los ojos.

—¿La que viste como si cada día tuviese un funeral?

—No te metas con ella. —Solo él se sentía en derecho de hacerlo. Y ni por esas.

—¿Estás bromeando, Gabe? ¿Te han comido el coco o algo?

Llamaron a la puerta y Blake interrumpió su perorata para ir a abrir. Un minuto después, Dominic Miller se unió a la improvisada reunión. Vivía dos pisos más arriba, en el ático del edificio familiar, una propiedad de más de trescientos metros para él solo.

—Confiaba en que no me abrieses... —dijo.

—¿Y eso por qué? —Blake lo miró aburrido.

—Porque eso significaría que el vago de mi hermano habría accedido a levantarse un lunes a una hora normal para ir a trabajar. Y cuál es mi sorpresa cuando me encuentro aquí no a uno de mis empleados, sino a dos. Gabe, ¿por

qué no estás en las oficinas?

—Tengo... ¿jaqueca? —Alzó una ceja.

—Busca otra excusa mejor —dijo Dominic.

—Si te dice la verdad no lo creerías. —Blake intentó no echarse a reír, pero terminó soltando una carcajada que resonó en toda la cocina. Su hermano Dominic se mostró imperturbable y frío mientras se ajustaba la corbata—. Resulta que se ha enamorado.

—Vaya, eso sí que es una excusa poco creíble.

—Te lo dije —se burló Blake satisfecho.

—Dime qué ocurre —le ordenó *la Bestia*.

—¿Qué tengo que hacer para que me quites ese estúpido *castigo*? ¡Fue una chorrada, Dominic! —Blake apartó la mirada con incomodidad—. Y te juro que me estoy volviendo loco ahí, trabajando en eso y con... con ella —soltó al fin.

—¿Con ella? —Dominic clavó sus ojos fríos en él.

—La chica que le gusta es Jane Davis. La del funeral.

—Deja de decir eso —masculló Gabe dirigiéndose a Blake.

—Así que no bromeabas... —Dominic lo estudió durante unos tensos segundos y luego se movió para prepararse un café cargado, solo y sin azúcar—. Jane es una de nuestras mejores empleadas, sí. Muy eficiente y práctica. Una buena chica.

—¿Vas a devolverme mi puesto o no?

—La cuestión, Gabe, es que tu sustituta es muy buena.

—Debes de estar bromeando —resopló enfadado.

—No lo hago. Esa tal Zoe sabe lo que se hace. Te devuelvo tu puesto, sí, pero a partir de ahora trabajarás con ella. —Alzó una mano antes de que Gabe pudiese empezar a protestar—. Nada de quejas. Soy tu jefe —le recordó, porque a menudo era fácil que olvidasen la línea estrecha que los unía, por mucho que ambos intentasen mostrarse como dos extraños dentro de las oficinas de la revista Golden Miller.

—De acuerdo. Gracias. —Asintió con la cabeza.

Blake alzó una mano mientras sonreía como un crío.

—¿Podemos volver al tema de que Gabe está enamorado? No es por ser impertinente, es que llevo toda mi vida esperando algo así y quiero aprovechar el momento.

Dominic se alisó un par de arrugas inexistentes que creyó ver en su traje y después alzó la mirada hacia su hermano pequeño y Gabe Jenkins. Por una vez en su vida, intentó comportarse como supuestamente lo haría un amigo, aunque estaba desentrenado.

—¿Cuál es el problema con Jane? —preguntó.

—El problema es que considera que tan solo soy *un polvo de una noche*.

—Lo que demuestra que el karma existe —añadió Blake riendo—. Toda tu vida teniendo relaciones de una sola noche y, cuando por fin quieres algo diferente, ¡pam!

—Muy gracioso, Blake. No ayudas nada.

Dominic lo miró con seriedad, como siempre, como si aquel problema se tratase para él de una fusión o de algo mecánico que había que arreglar. Cerrar un trato. Ampliar un negocio. Dirigir a dos empleados por el camino correcto. Se dio unos golpecitos en el mentón, algo que solía hacer cuando pensaba o valoraba diferentes puntos de vista.

—¿Sabéis qué...? —Gabe se abrochó la cremallera de la chaqueta—. Olvidadlo. Solo ha sido un momento de bajón. Lo solucionaré. O lo superaré. Yo qué sé.

—Tómate el día libre —le dijo Dominic.

—Gracias. —Salió del apartamento.

Cuando notó el viento de la calle en la cara, supo lo que iba a hacer. Puede que no fuese la mejor decisión teniendo en cuenta lo enfadado que estaba y la decepción que sentía abriéndose paso a raudales, pero en esos momentos no podía pensar, tan solo era capaz de sentir. Y por primera vez en años, Gabe sentía mucho y muy fuerte. Sobre todo, cuando recordaba las palabras de cierta chica en la que jamás pensó que se fijaría siquiera.

Jane pensaba que solo era *un polvo de una noche*.

Pues bien. Entonces lo sería. Sería justo eso.

12

Jane estaba sola en casa. Sola y aburrida.

Aquel día se celebraba un partido de hockey importante y Zoe estaba trabajando. Por desgracia, ella ya había arrasado con todo lo que tenía pendiente. No quedaba un solo correo por contestar ni una tarea que pulir. Llevaba trabajando sin descanso desde esa misma mañana, justo después de que Gabe Jenkins saliese de su despacho y no volviese a aparecer.

Sacudió la cabeza cuando volvió a pensar en él.

Se había prohibido hacerlo hasta el punto de que había escrito un pósit en el que ponía «no pensar en Gabe» y lo había pegado a un lado de la pantalla de su ordenador. Justo al lado de otro que decía «sancionada con comer zanahorias de almuerzo durante un día cada vez que pienses en Gabe». Lo que significaba que iba a tener una larga semana llena de zanahorias apestosas, porque, por supuesto, era incapaz de apartarlo de su mente.

Se levantó cuando sonó el timbre de la puerta.

Pensó que sería el vecino de abajo, ese que siempre se estaba quejándose del ruido, así que abrió sin preguntar. Y luego se amonestó por no haberlo hecho. Gabe estaba allí, delante de sus narices y tan espléndido como de costumbre, con su aroma embriagador, sus ojos penetrantes y su irresistible

rostro lleno de algo que ella no supo descifrar

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería verte. He estado pensando...

Antes de que Jane pudiese protestar, Gabe se coló en su apartamento como si fuese lo más normal para él hacerlo todos los días, invadiendo su pequeño espacio.

—Gabe, no te he dado permiso —se quejó.

—Pensando en lo que hablamos hoy —siguió él ajeno a que las pulsaciones de Jane se habían disparado—. Eso que dijiste, lo de que puede que *solo sea un polvo de una noche*.

—Yo no quería decir... no exactamente...

Carraspeó incómoda, pero él la cortó de inmediato.

—Y tenías toda la razón, ratita. Soy el mejor polvo de tu vida —susurró antes de cubrir su boca con la suya y arrancarle un gemido de sorpresa y de placer. Le chupó el labio inferior con deleite—. Así que si eso es todo lo que piensas que puedo ofrecer, ¿quién soy yo para negarme? —El beso se volvió más brusco, ansioso y desenfrenado.

Jane sintió que empezaba a marearse mientras esas manos se movían expertas por su cuerpo, tocando en los lugares adecuados, acariciándola por todas partes. Contuvo el aliento cuando él le quitó la camiseta del pijama por la cabeza, justo antes de bajarle los pantalones cortos y la ropa interior de un tirón. Gabe era salvaje. Salvaje y muy peligroso, como uno de esos placeres

prohibidos que terminan siendo adictivos, aunque intentes resistirte a ello. Jane hizo un último esfuerzo por pensar con la cabeza, pero se esfumó en cuanto notó los dedos de él entre sus piernas, subiendo lentamente, colándose en su interior.

Jane gritó. Gritó de placer como nunca lo había hecho.

Era incapaz de pensar en qué estaba ocurriendo o en por qué Gabe estaba allí en su casa a medianoche, porque todos sus sentidos estaban puestos en él. En su mirada ardiente. En su manera de besarla como si necesitase su saliva para respirar. En cómo el cuerpo de él se rozaba contra el de ella para demostrarle lo excitado que estaba. Duro. Feroz. Con la mirada atormentada fija en la de ella y las manos moviéndose por todo su cuerpo.

La cogió entre sus brazos y Jane lo rodeó con las piernas sujetándose a sus hombros. El corazón le latía con tanta fuerza que era lo único que podía escuchar. Gabe le preguntó si tomaba la píldora y, cuando ella asintió, se hundió en su interior de una sola embestida, como si llevase semanas soñando con aquel preciso instante. Y, en realidad, lo había hecho.

Cuando Gabe se fundió con Jane, supo que había estado en lo cierto. Que estaba profunda y locamente enamorado de ella, por loco que pudiese parecer para alguien como él que, para empezar, no creía en el amor y, para seguir, ni en un millón de años hubiese pensado que lo encontraría en la sobria Jane Davis, esa chica que apenas lo quería para un polvo.

Al recordar aquello, se movió con brusquedad.

Jane jadeó en su oído, volviéndolo loco.

—¿Esto era lo que esperabas de mí?

La pregunta se le escapó entre dientes mientras se hundía en ella una y otra vez sin descanso, con la espalda de Jane golpeando contra la pared del recibidor, porque ni siquiera habían sido capaces de pasar de allí para llegar a la habitación.

—Gabe... —Fue un gemido ronco.

La embistió más fuerte, jadeando. Una parte de él animal y descontrolada quería marcarla de algún modo, conseguir que recordase aquel *polvo* para siempre, porque desde luego él lo haría, vaya si lo haría. Apenas podía respirar. Moverse dentro de ella era todo lo que podía hacer. Y rezar para conseguir olvidar la sensación de calidez que le transmitía. Porque, aunque nunca imaginó encontrar en una mujer tan diferente a él su otra mitad, cuando estaba cerca de ella Gabe tenía el presentimiento de haber llegado a casa. La comodidad. Las ganas de pasar junto a ella horas y horas, ya fuese discutiendo o divirtiéndose. Todo eso.

Se estremeció cuando una oleada de placer lo sacudió.

Jane gimió alto y él la besó mientras ella se corría entre sus brazos y Gabe empujaba una última vez antes de terminar con un jadeo que ahogó en su cuello suave.

Se quedaron quietos durante unos segundos.

Cuando él la dejó en el suelo, Jane notó que le temblaban las piernas. Tenía

la mirada borrosa y el corazón seguía latiéndole muy rápido y fuera de control. Nunca imaginó que acostarse con un hombre pudiese ser algo así, tan pasional y salvaje. Todas las relaciones que Jane había tenido hasta el momento habían sido mucho más sosegadas.

Se tropezó con sus propios pies.

Él la sujetó y la miró. Cuando lo hizo, inclinando su atractivo rostro hacia ella, Jane no consiguió traducir qué era esa incertidumbre que podía leer en sus ojos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí. Yo... necesito... el baño —balbuceó.

Apenas recordaba el acto de hablar. Gabe y su cuerpo habían aniquilado a todas sus neuronas y ahora Jane se sentía como una niña pequeña que caminaba a pasitos cortos hasta el cuarto de baño. Se metió allí dentro y puso en cerrojo antes de limpiarse. Después se miró en el espejo. Tenía las mejillas encendidas, el pelo alborotado y los ojos brillantes.

¿Cuándo fue la última vez que se vio así?

Probablemente, nunca.

No pudo evitar sonreír.

Cuando salió y volvió al salón, descubrió que Gabe estaba terminando de ponerse la chaqueta, todavía al lado de la puerta de la entrada. Una sensación incómoda se apoderó de su estómago, como si acabase de tragarse una roca que pesaba varias toneladas.

—¿Ya te marchas? —preguntó, intentando que él no notase la decepción en su voz.

—Sí. —La miró con dureza—. Eso es lo que hacen *solo los polvos*.

Jane parpadeó para contener las lágrimas. ¿Qué esperaba? Él tenía razón. Ella misma le había dicho aquello esa mañana y Gabe le demostraba que no se equivocaba.

—Supongo que no necesitas que te acompañe hasta la puerta.

Gabe la miró una última vez. Lo hizo con tristeza y con anhelo, aunque ella solo vio un par de ojos imperturbables de la persona que acababa de romperle el corazón. Porque, por mucho que se esmerase en simular lo contrario, Jane escondía en su interior a una chica que, por una vez, deseaba ser la primera de la lista, la única para alguien, la especial y diferente.

—Buenas noches, Jane. —Gabe salió y cerró de un portazo que resonó en todo el salón.

13

Jane pensó seriamente en quedarse aquel día en la cama y no ir a trabajar. Si lo meditaba con frialdad, había adelantado tanto últimamente que apenas tenía nada que hacer. Aunque eso no le daba derecho a ausentarse de su puesto, claro. Así que, con un suspiro de resignación, se levantó, se dio una ducha y se dirigió hacia las oficinas de la revista.

Diez minutos después de que se cumpliera la hora estipulada de entrada, Gabe no había aparecido. Quince minutos después, seguía sin llegar. Veinte minutos más tarde, Jane le había sacado punta a todos los lapiceros del universo, había limpiado su mesa, ordenado todas sus libretas y estaba a punto de sufrir un infarto a menos que Gabe apareciera pronto.

Necesitaba verlo, aunque no sabía por qué.

Ava Bell llamó a la puerta de su despacho.

—Hola, Jane. ¿Estás ocupada ahora? —le preguntó.

—No, ¿por qué? —Se mostró profesional.

—El jefe quiere verte —le dijo.

Jane notó que se le sacudía el estómago, pero se levantó de inmediato y siguió a Ava por el pasillo de las oficinas. Intentó recordar todas las normas de la empresa que había memorizado, pero no recordaba que dijese nada

sobre las relaciones entre empleados. ¿Y si alguien sabía lo que había ocurrido la noche anterior? ¿Estaba mal?

Cogió aire antes de entrar en el despacho de *la Bestia*.

Dominic no estaba solo. Al lado se encontraba Gabe, sentado en una silla con las piernas estiradas y ese gesto imperturbable que lo acompañaba durante los primeros días y que Jane casi había olvidado. Temblando como una hoja de papel, se sentó en la silla que estaba libre.

—Gracias por venir, Jane —le dijo Dominic.

Ella asintió, aunque le incomodó la mirada de interés que el jefe le dedicó. Hasta ese momento, él nunca le había prestado demasiada atención.

—No hay de qué. ¿Ocurre algo?

Evitó mirar a Gabe, porque la mera idea de pensarlo hizo que sus mejillas se sonrojasen al recordar todo lo que había ocurrido la noche anterior. Cómo la había tocado. Y cómo la había besado. No podía creer que fuese la misma persona que estaba allí sentado como si el mundo en general, y ella en particular, le pareciese algo de lo más aburrido y soporífero.

—Nada de lo que debas preocuparte —le contestó Dominic—. Resulta que Gabe ha terminado con su pequeño *castigo* un poco antes de lo previsto.

—¡Genial! —Quizá lo dijo con demasiado entusiasmo.

—Me alegra que te lo parezca. La cuestión, querida Jane, es que tu antigua compañera de sección, Zoe, ha terminado siendo un bien muy valioso en el mundo deportivo y nos gustaría poder mantenerla allí. Ella todavía no lo

sabe, así que te agradecería que me dejases darle la noticia en persona — apuntó hablando con esa frialdad que lo caracterizaba—. De modo que vamos a tener que contratar a otra persona para que trabaje contigo.

—Oh, bueno, eso sí que es inesperado...

—Espero que no sea una molestia para ti.

—¡No! ¡Claro que no! Y a Zoe le hará muy feliz poder permanecer en ese puesto, se lo aseguro. Muchas gracias por contármelo, señor Miller.

—No hay de qué. —Dominic le dirigió a Gabe una mirada afilada—. ¿Tienes algo que añadir antes de que la señorita se marche, Jenkins?

Gabe se encogió de hombros. Jane sintió ese gesto tan carente de emoción como si acabasen de darle un puñetazo en el estómago. Él la miró por encima del hombro.

—Ha sido un placer trabajar contigo.

Después se levantó, se despidió del jefe y salió.

Jane se quedó allí unos segundos más, mientras Dominic la miraba como si quisiese decirle algo, aunque al final pareció dejarlo correr y se despidió de ella.

Antes de llegar a su despacho, Jane se encerró en los servicios de la oficina y se echó a llorar, desahogándose. O al menos lo hizo hasta que Gina entró por la puerta y la sorprendió de aquella guisa, sonándose con un trozo de papel.

—¡Jane! ¿Qué te pasa? —La miró preocupada.

—Es... es la alergia... —masculló.

—Por favor, Jane, ¡si estás llorando a moco tendido! Ven aquí. —La abrazó con fuerza y, al hacerlo, su amiga dejó de fingir al fin que estaba bien y se aferró a ella—. Venga, cielo, cálmate, seguro que no será para tanto. Nunca es nada para tanto —añadió convencida.

—Me gusta —confesó entre sollozos—. Y he terminado siendo como todas las demás. He caído. Supongo que debería haberlo visto venir, pero...

—Por lo que más quieras, Jane, no te tortures tanto a ti misma.

—No lo hago, solo soy realista. —Intentó en vano no preguntarse cuántas chicas se habrían prometido lo mismo que ella, no caer en las garras de Gabe Jenkins, y cuántas finalmente habrían fallado en el intento. Se limpió los ojos manchados de rímel e hizo un último esfuerzo por comportarse como una persona adulta—. No pasa nada. Ahora a Gabe le queda una mujer menos a la que poder tirarse en esta oficina, pero no pasa nada...

—¿Eso significa lo que creo que significa?

—Imagino que sí. —Jane se encogió de hombros.

—¡Pero eso es una buena noticia, Jane! Hacía mucho tiempo que no te dabas un respiro a ti misma, piensa en el buen rato que pasasteis, porque fue bueno, ¿verdad? —La miró con interés—. Olvídalo, ya se lo preguntaré a... a... —Se llevó un dedo a la barbilla—. ¿Con quién se supone que se había acostado Gabe de esta oficina?

—¿Con todo el mundo? —gruñó Jane.

—Ya, pero ahora que lo pienso detenidamente...

—¿Qué? ¿Por qué pones esa cara? —Jane la miró.

—Estaba pensando en lo mucho que me gustaría que me detallaras con pelos y señales cómo es pasar una noche loca con Gabe y de pronto he caído en la cuenta de que no recuerdo que nadie me haya contado directamente la experiencia. Quiero decir, sé que es un rumor general, pero no termino de asociarlo con nadie de la oficina...

Jane frunció el ceño. Pensó que Gina tenía razón, porque ella tampoco había escuchado nunca que nadie lo relatase en primera persona; sin embargo, no es que en general se enterase de mucho, normalmente Jane vivía dentro de su despacho durante el horario laboral, no como Zoe o Gina que se pasaban el día recorriendo las oficinas de aquí para allá, de la cafetería al escritorio y del escritorio a la calle con la excusa de tomar el aire.

—Creo que necesito una noche de chicas —dijo bajito.

—¡Claro, cielo! Compraremos esos ganchitos que te gustan. —Era la única comida poco saludable que Jane se permitía ingerir—. Y veremos *Titanic* otra vez, aunque todas nos sepamos los diálogos de memoria por tu culpa. Para eso están las amigas, ¿no?

Jane asintió con la cabeza como una niña pequeña.

Se dio cuenta de que puede que en el fondo lo fuese. Una niña tonta y ridícula que se dedicaba a ponerse coleteros de colores, botoncitos de gato o detalles estúpidos con los que rebelarse contra sí misma. Eso cuando no veía

comedias románticas tirada en el sofá, soñando con vivir algo así por fría que se mostrase ante el mundo en cuanto salían las líneas de crédito. O cuando comía ganchitos a pesar de que sabía que no tenían ningún nutriente de valor. Y también cuando se prometía ser fuerte, pero terminaba tropezando.

14

Gabe estaba sentado en primera fila, pero apenas se enteraba de lo que ocurría delante de sus narices. Un partido crucial y él estaba pensando en sus cosas. O en ella, para ser más exactos. Suspiró e intentó entablar conversación con la estatua de hielo que tenía al lado, esa chica llamada Zoe que parecía odiarlo con una intensidad arrolladora.

—Deja de mirarme así, ¿quieres? —le pidió.

—Te miro como me da la gana —contestó ella.

—Ojito con ese tono o te aseguro que durarás dos días en este puesto de trabajo.

Zoe resopló por lo bajo, justo cuando dos jugadores de hockey llegaban a las manos. Alzó el cuello y vio que Jaxon Baker se había lanzado sobre el jugador contrario y había empezado a golpearlo contra el hielo. Muy propio de él. Pensó que todo lo que tenía de guapo lo tenía también en idiotez. Como el hombre que tenía al lado, ese que ahora era su superior y que le había roto el corazón a su mejor amiga.

La noche anterior, Gina se había quedado a dormir en el apartamento y las tres habían llorado juntas viendo películas dramáticas, comiendo ganchitos y hablando.

Gabe, en cambio, apenas parecía inmutarse.

Estaba allí, sentado sin alterarse y con la vista fija en el partido como si nada más de lo que ocurriese a su alrededor pudiese importarle.

Quiso darle un codazo en las costillas.

—¿Te comportas así con todas? —le soltó.

Él giró la cabeza y la taladró con la mirada.

A Zoe le hubiese gustado poder contenerse porque era su primera semana de trabajo, un trabajo con el que llevaba años soñando, y lo último que deseaba era echarlo a perder antes de poder siquiera acostumbrarse a la idea de estar oficialmente dentro del equipo deportivo de la revista. Pero no podía evitar recordar el dolor de Jane.

—¿Con todas? Sé más específica.

Lo hizo a propósito, burlarse así.

—Eres un cretino arrogante, Gabe.

—Todo el mundo debería tener tres oportunidades cuando empieza un trabajo nuevo. Bien, en ese caso, te confirmo que a ti solo te quedan dos.

—Los hombres como tú son los que hacen del mundo un lugar peor.

—Y en este momento te queda una oportunidad.

—Ni siquiera sé cómo puedes dormir y estar tan...

—Te aconsejo que pienses bien lo que vas a decir.

Zoe se mordió la lengua y cerró la boca, a pesar de que, por naturaleza, estaba programada para contestar cada réplica y cada provocación. Aguantó

estoicamente mientras el partido llegaba a su fin, aunque apenas pudo disfrutar durante el juego. Cuando terminó, siguió a su nuevo jefe de sección hasta la calle. El viento frío les golpeó de repente.

—Nos vemos mañana —dijo ella.

Aún no había empezado a caminar cuando la voz de él la detuvo.

—Espera, Zoe. —Se dio la vuelta para mirarlo—. Eso que has dicho antes... —Pareció que le costaba un mundo formular la pregunta o hablar de ello—. ¿A qué ha venido? Quiero decir, ¿tan enfadada está Jane porque me hayan levantado antes el castigo?

Zoe lo miró alucinada y sacudió la cabeza.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Esto... no. Claro que no.

—Jane no está enfadada contigo por el trabajo. Está enfadada contigo porque la rechazaste y dos días después te la tiraste y te largaste casi sin despedirte.

—¿Qué? Eso no es del todo así.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo es, Gabe?

Zoe se cruzó de brazos, dándole a entender que era todo oídos. Gabe se movió incómodo, porque era un poco raro tener una conversación así en medio de la calle y, además, estaba nervioso. Señaló con la cabeza el local abierto que estaba al lado.

—¿Puedo invitarte a algo? —preguntó.

—Joder, ¿ahora intentas ligar conmigo?

—¡No! ¡Maldita sea, claro que no! ¿Qué os pasa conmigo? ¿Pensáis que me dedico a conquistar a una tía cada día o algo así? Parecéis chifladas.

—Bueno, es lo que se rumorea en la oficina.

—¡Pero no es verdad! Por eso solo es un rumor.

Zoe lo miró aún con desconfianza antes de asentir.

—Está bien. Pero solo porque vamos a trabajar juntos y te debo un voto de confianza.

Se dirigieron hacia el local y se sentaron en una mesa cerca del ventanal que daba a la calle. Pidieron un par de cervezas para beber y patatas con salsa para picar.

—Así que Jane está mal, eh. —Gabe suspiró.

—Fuiste un idiota de primera, chico.

—Eso no es exactamente cierto.

—Está bien, explícate. —Mordisqueó una patata.

—Para empezar, no es verdad que la rechazase, ¿vale? Solo estaba intentando ser un tío mejor, como esos que esperan un par de citas antes de ir al tema, ya sabes. Quería que me viese de manera diferente. No es tan difícil de entender —dijo malhumorado.

—Si tenemos en cuenta el segundo punto del problema, eso no tiene sentido.

—Claro que lo tiene. El otro problema es que ella me dijo que era el tipo

de hombre que solo servía para *un polvo de una noche*, así que me cabreé. Y le di lo que esperaba de mí.

Zoe lo miró pensativa y bebió de su cerveza.

—A ver si lo he entendido bien, ¿te gusta Jane?

—Sí.

—¿Te gusta en serio?

—Joder, sí. Estoy harto de decirlo.

—¿Se lo has dicho a ella? —cuestionó.

—No exactamente...

—Eso es un *no* a secas.

Gabe se encogió de hombros con incomodidad.

—Ella no parece muy interesada en mí. Por eso no llego a comprender qué razón tiene para estar enfadada. Fui un imbécil, vale, pero tampoco hice nada tan descabellado...

—A menos que Jane esté enamorada de ti. En ese caso fuiste un imbécil, sí, pero de los grandes. —Zoe suspiró y se relamió la cerveza de los labios.

—¿Enamorada de mí? ¿Estás bromeando?

—Voy a explicarte una cosa sencilla sobre Jane, así que escucha atentamente. Prácticamente la crío su abuela, que murió cuando ella tenía catorce años. La convivencia con sus padres era casi lo mismo a vivir sola; apenas hablaban con ella ni entre ellos, los dos son callados y es más fácil que sean capaces de viajar en un cohete espacial que de conseguir dar un

abrazo de verdad. Así que Jane se pasó años encerrada en su habitación cada vez que volvía del instituto, estudiando y esforzándose en ser la mejor porque creyó que, si lo conseguía, sus padres empezarían a darse cuenta de que, ¡oh, existía, tenían una hija!

—Joder, Zoe... —Gabe tragó saliva.

—Ya te adelanto que eso no ocurrió. Lo que sí ocurrió es que ella consiguió ser la mejor de su promoción y una beca que cubría casi el total de sus estudios. Aun así, Jane estuvo trabajando como camarera durante los años de universidad, para poder pagarse sus caprichos y no tener que pedirle nada a sus padres. Como te imaginarás, sacó varias matrículas de honor. Se divirtió lo justo y necesario; es decir, poco. Pero durante una de esas fiestas conoció a Dylan, un idiota redomado que, no sé cómo, logró convencerla de que era el hombre de su vida. Y te puedo asegurar una cosa, Jane es un hueso duro de roer y entrar en su corazón no es nada fácil, pero una vez alguien lo hace... lo difícil es que ella lo deje salir. —Gabe se frotó el mentón, pensativo, antes de que Zoe siguiese hablando—. Así que empezaron a salir y la cosa se fue poniendo seria conforme pasaron los primeros dos años. Él le pidió que se casase con ella durante la noche de fin de año, en plan épico, y Jane se pasó los siguientes meses flotando en una nube. Puede que, por lo que conoces de ella, pienses que no es una chica romántica, pero te equivocas. Jane se sabe todos los diálogos de *Titanic* de memoria y, para mi desgracia, cada vez que le toca elegir película tengo que hacer de tripas corazón y tragarme un tostón

de más de una hora lleno de arcoíris y purpurina.

—Teniendo en cuenta lo mucho que adora su trabajo, eso ya lo suponía.

—Bien. Entonces, quizá también deberías entender que cuando Jane dice *frío* quiere decir *calor* y cuando dice *no me interesas* quiere decir *estoy loca por ti*. Sé que es una chica complicada, peor te aseguro que vale la pena, porque no encontrarás a nadie más leal y sensible que ella, aunque aparente lo contrario. En el fondo, Jane solo sigue siendo una niña asustada que espera que alguien le dé un poco de cariño sin terminar traicionándola después. — Gabe hizo trocitos la servilleta que tenía en sus manos. Tenía tantas ganas de abrazar a Jane en aquellos momentos, que casi le dolía—. Y eso nos conduce al siguiente punto: no puedes hacerle daño, Gabe. Eso no es un juego. No permitiré que le rompas el corazón aún más.

Gabe inspiró profundamente.

Por alguna razón, en ese momento recordó lo que había dicho aquel empresario ruso durante la entrevista que les hicieron a los novios antes de la boda. Eso de que, a veces, en la vida, te ves inmerso en la tesitura de ir a por todas, aunque sea una locura, o dejar pasar la oportunidad y perder al amor de tu vida.

Él sabía que todavía les quedaba un largo camino por delante. Pero quería conocer a Jane. Nunca había sentido tanta curiosidad y fascinación por una mujer. Tenía unas ganas locas tanto de pasarse el día en la cama metido con ella como de ir descubriendo todo lo que Jane escondía. Por primera vez en

su vida, deseaba hacer feliz a otra persona. Tan simple como eso. Deseaba abrazarla y que sus brazos fuesen ese lugar seguro al que ella pudiese acudir cada vez que lo necesitaba.

Una sensación cálida lo azotó de golpe.

—Quiero ir en serio con ella, Zoe.

La chica pareció sopesar su respuesta durante unos largos segundos antes de asentir con la cabeza y coger la última patata que quedaba para llevárselo a la boca.

Le sonrió.

—En ese caso, quizá no está de más que sepas que esta noche, aún no sé muy bien cómo, convenceré a Jane para que vayamos un rato a Sky Room a tomar alguna copa.

Gabe le sonrió agradecido e invitó a otra ronda.

15

Gabe se vistió cómodo, con unos vaqueros y una camiseta negra ajustada. Aún tenía el pelo húmedo tras la ducha cuando salió de casa, así que se lo peinó un poco con los dedos, aunque en realidad solo consiguió revolverlo más. Cogió el metro e intentó calmarse.

Estaba nervioso ante la idea de ver a Jane.

Pero, sobre todo, estaba nervioso porque, por primera vez en su vida, tenía claro que quería conocer a otra persona y temía que ella fuese incapaz de creerle. Era un poco como el cuento del lobo. Se había pasado años haciendo lo imposible para que las chicas no pensasen que estaba dispuesto a dar nada más allá de una noche divertida y ahora parecía que eso mismo se volvía contra él a modo de broma pesada del destino.

Cuando llegó a la terraza de Sky Room, pidió una copa y paseó un buen rato entre la gente que allí estaba congregada. Se movió por varias salas intentando encontrar a una chica que seguramente estaría parada en algún rincón, con la espalda recta y el resto del cuerpo en tensión, preparada para atacar en cuanto alguien fuese a hacerle daño. Porque eso era Jane al final. Un animal asustado que conocía el sabor de la decepción demasiado bien.

Cuando por fin la vio, Gabe notó algo cálido en su pecho y se llevó una

mano allí. Jane llevaba puesto un sencillo vestido negro por debajo de la rodilla, un poco ajustado teniendo en cuenta lo que era habitual en ella, y el cabello recogido en un moño. Él sonrió al descubrir el pequeño ganchito con forma de caracola que llevaba entre el pelo oscuro.

Se acercó a ella caminando lentamente.

En cuanto Zoe lo vio, se alejó de su amiga y fue directa hacia la zona del bar, dejándolos a solas. Él la sorprendió por la espalda y deslizó una mano por su cintura.

Jane se estremeció y soltó un pequeño jadeo.

—No te acerques tanto, me quitas el aire.

Fue lo primero que se le ocurrió para intentar alejarse de él dando un paso atrás, pero Gabe se rio y la retuvo contra su cuerpo mientras se movía al ritmo de la canción.

—¿Por qué estás tan enfadada conmigo, ratita?

—Porque hasta este momento, apenas me mirabas.

—Eso es porque hasta hace apenas unas horas, no sabía que podías ser tan complicada. Y eso que ya pensaba que lo eras —contestó él con sus mismas palabras.

—No sé a qué te refieres, Gabe. —Él le dio una vuelta sobre sí misma. Volvieron a mirarse.

—Como he descubierto que tenemos un problema importante de comunicación, voy a intentar dejar las cosas claras para que no haya lugar a

dudas. —Deslizó la mano por su espalda—. Me gustas, Jane. Me gustas muchísimo. Sé que piensas que estoy jugando contigo, pero te equivocas. Y quiero conocerte. Quiero saberlo todo de ti.

Jane se estremeció. Le temblaban las piernas.

Fue como si Gabe acabase de desnudarla.

—Esto te parecerá gracioso... —le reprochó.

—En absoluto. —Él se acercó tanto que sus respiraciones se mezclaron. Sus labios estaban a tan solo unos centímetros de distancia, llenos de ganas reprimidas—. Y te lo demostraré. Porque también quiero que tú me conozcas a mí. Responderé cualquier cosa que preguntes.

—No quiero preguntarte nada —mintió.

—Vamos, ratita. No me lo pongas tan difícil.

Jane respiró hondo, aunque eso solo fue peor porque al hacerlo se llevó el aroma de él, ese tan masculino que era capaz de enloquecer a cualquiera. Su mirada parecía sincera.

—¿Por qué le pegaste a ese jugador de fútbol?

—Porque, antes, se había pegado con Blake. En realidad, yo solo intentaba separarlos, el problema es que la cosa se puso fea y jugó en mi contra.

—¿Blake? ¿Blake Miller? —Lo miró sorprendida.

—Es mi mejor amigo. O algo así. Suele meterse en líos.

—Entonces Dominic debería habértelo agradecido.

—Ya, pero Dominic no lo sabe. Y es mejor así. Le dijo a Blake que, si

volvía a hacer alguna de las suyas, lo cedería en su puesto de trabajo — explicó.

—Así que lo cubriste —susurró Jane asombrada.

—Eso es lo que hacen los amigos, ¿no?

Se quedaron en silencio, bailando muy juntos.

—Yo no sabía que fuese amigo de Blake Miller.

—Soy algo más que eso. Casi familia. Algo así. Mi madre trabajaba para los Miller, de modo que me críe y crecí junto a ellos, Olivia, Dominic y Blake.

Jane titubeó cuando una duda la asaltó. Se dio cuenta de que si la dejaba salir estaría confiando en Gabe, entrando en ese juego que él le había propuesto, el de conocerse de verdad. Pero las ganas de recibir una respuesta eran más grandes que el miedo.

—¿Es cierto los rumores de que te acostaste con Olivia Miller?

—No, no es verdad. Olivia es como una hermana para mí. —Gabe le rozó la mejilla con los labios mientras seguían bailando—. Y ya que estamos hablando de rumores, quiero aclarar que tampoco son del todo creíbles los demás. Es decir, sí que me he acostado con muchas mujeres a lo largo de mi vida, pero no con tantas como parece pensar. Y, desde luego, solo con una persona de la oficina; una antigua becaria. Hace años de eso.

—Y conmigo —añadió sin poder evitarlo.

—Y contigo, sí. Pero eso fue distinto.

—Gabe... —gimió su nombre.

—Deja de resistirte, ratita. Escúchame —le sujetó la barbilla con los dedos para obligarla a mirarlo bajo la luz de la luna—. Sé que no soy el tipo de hombre que estabas buscando, pero a veces las mejores cosas de la vida son imprevistos. Tú también has sido eso, un imprevisto para mí. Pero estoy dispuesto a intentarlo. Quiero... salir contigo. No pido tanto, ¿no? Entiendo que es un riesgo para ti, pero te prometo que valdrá la pena.

Jane contuvo el aliento. Miró ese rostro sincero y esos ojos de color miel que la derretían por dentro. Acercó despacio su boca hasta la de él, rozándola con timidez antes de que Gabe profundizase aquel beso hasta dejarla sin aire. Se besaron ávidos, conociéndose con los labios y buscando el sabor del otro con desesperación. Ella sintió que el mundo se ponía del revés cuando notó la mano de Gabe colándose bajo su vestido y acariciándole los muslos allí, en medio de la terraza llena de baile, y pensó que era y siempre sería incorregible.

—Creo que los servicios no están muy lejos...

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Él la miró travieso.

—Casi no me lo creo, pero sí. Porque te necesito ahora.

—No me lo digas dos veces. —Ahogó una carcajada antes de cogerla de la mano y tirar de ella para alejarla del barullo de gente. Cuando logró calmarse, se lo pensó mejor y en vez de desviarse hacia el baño en el que había cola, bajó las escaleras.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella.

—A mi casa. Quiero que la veas. Tenerte en mi cama.

Deseaba que al día siguiente las sábanas oliesen a ella.

A partir de ese momento, Jane no tuvo muy claro cómo llegaron hasta ese ascensor en el que en aquellos momentos Gabe le estaba mordisqueando el cuello.

Sabía que el miedo no era un sentimiento que pudiese evaporarse de la noche a la mañana. El miedo a no sentirse querida. El miedo al engaño. El miedo a perder algo que empezaba a querer demasiado. Miedo, al fin y al cabo, en todas sus variantes, esas que acompañaban a casi todo el mundo durante el día a día, mezclado con inseguridad y muchas dudas.

Sin embargo, mientras notaba su cuerpo arder conforme las manos de Gabe la recorrían, Jane cerró los ojos y sonrió al darse cuenta de que, por primera vez, las ganas de arriesgarse y de conseguir ser feliz, eran más grandes que ese miedo que siempre la acompañaba.

Hundió los dedos en el pelo de Gabe mientras él metía la llave en la cerradura de su casa y abría la puerta. Se besaron al tiempo que avanzaban a tientas por la estancia; ella aferrada a él y él intentando mantener la calma y que aquello no terminase tan rápido como la última vez. Así que se obligó a parar y le preguntó si le apetecía beber algo.

—¿Un mojito? Eso te gustaba, ¿verdad?

—Me gusta ver que lo recuerdas. —Le sonrió.

—Recuerdo todo lo que me has contado hasta la fecha —comentó él mientras se estiraba para coger dos vasos y abría la nevera en busca de la botella. Sirvió las dos copas—. Por desgracia, recuerdo también todo en lo que hemos trabajado este último mes. Como el último artículo: *Diez consejos para una boda perfecta*. ¿Crees que esto tiene arreglo? Porque estoy preocupado. Hasta hace nada ni sabía siquiera qué eran exactamente los votos matrimoniales.

Jane se echó a reír y le dio un trago a su copa.

Pensó que hacía una eternidad que no se sentía tan bien.

—A ver, sorpréndeme y demuestra que de verdad te aprendiste ese artículo de memoria.

—¿Me estás retando, Jane? —gruñó.

—Solo quiero comprobarlo...

Gabe ahogó una carcajada y se acercó.

—Consejo número uno, organiza la boda con tiempo. —Dio otro paso hacia ella y le quitó la copa de las manos para darle un beso largo y lleno de deseo—. Consejo número dos, delega responsabilidades. Consejo número tres, no dejes nada para los últimos días y dedícate a estar bien descansada. —Le acarició los labios con la punta del dedo índice y ella gimió.

—Mereces toda la fama que tienes —susurró ella.

—¿Y eso por qué, ratita? —La miró embelesado.

—Porque eres un canalla embaucador.

Gabe sonrió con malicia, volvió a besarla y buscó con las manos la cremallera del vestido para desabrochárselo. Un minuto después, la prenda estaba hecha un lío a los pies de Jane.

—Consejo número cuatro, recuerda llevar un cambio de zapatos cómodos.
—Paseó las manos por sus muslos y le dio un beso entre las piernas encima de la ropa interior, antes de bajársela despacio y conseguir que ella soltase un jadeo entrecortado—. Consejo número cinco, contrata un coordinador de bodas si es posible o pídeles ayuda a tus damas de honor.

—Gabe, no puedo más...

—Cómo he deseado escucharte decir eso.

—Eres un imbécil —masculló entre dientes.

—¡Esa es mi chica! —exclamó y luego hundió la lengua entre sus piernas y ella soltó un gritito de placer antes de sujetarse a la encimera de la cocina para evitar caerse al suelo. Él la agarró con firmeza y lamió cada centímetro de su piel hasta que la escuchó gemir cuando se derritió y alcanzó el clímax. Gabe pensó que, por primera vez en su vida, el sexo no era solo sexo. Con Jane era algo más; diferente e íntimo. Único.

La cogió en brazos y la condujo hasta su cama.

—Consejo número seis...

—Creo que me has convencido de que te lo sabes todo muy bien —lo cortó ella cuando la dejó caer entre las almohadas—. Ahora cállate y bésame —pidió suplicante.

Algo se agitó en el pecho de Jane cuando él obedeció y atrapó sus labios entre los suyos dándole un mordisco suave. Gabe se apartó poco después y comenzó a quitarse la ropa lentamente. Primero la camisa, después los pantalones y la ropa interior...

Jane se rio cuando recordó que sí, que por Gabe Jenkins valía la pena volver a poner en riesgo su corazón.

La risa se extinguió al notarlo duro contra ella, abrazándola y susurrándole cosas al oído justo antes de hundirse en su cuerpo con un jadeo ronco. Se movieron despacio. Y al contrario que la primera vez, aquella vez fue lento, pasional, como si buscasen disfrutar de cada segundo mientras sus cuerpos seguían rozándose y encajando entre ellos.

Cuando terminaron juntos en un vaivén de placer, Gabe se desplomó sobre Jane y se quedó unos segundos callado, respirando profundamente para intentar calmarse. Sonrió cuando recordó lo que había pensado de ella el primer día que le asignaron aquel trabajo, mientras se dirigían hacia su pomposo despacho: que era una frígida, aburrida y sosa. Qué lejos estaba de la realidad. Jane podía ser muchas cosas, pero nada le divertía más que sus contradicciones hechas mujer y, desde luego, en la cama conseguía que volviese a sentirse como un adolescente con poco aguante, aunque estaba dispuesto a perfeccionarlo pronto.

Se apoyó en un codo y la miró sonriente.

—Me vuelves loco, Jane. A pesar de lo desesperante que eres a veces. O

precisamente por eso. Lo único que sé es que no puedo pensar en nadie ni en nada más cuando te tengo cerca.

—Yo ni siquiera puedo pensar en otra cosa incluso teniéndote lejos — contestó.

Gabe se rio y la abrazó antes de acostarse a su lado. Jane olía a felicidad.

—Escúchame, ratita. Tú y yo tenemos un largo recorrido por delante, uno que espero que esté lleno de buenos momentos. Para empezar, aún no hemos disfrutado de una cita.

—¿Lo dices en serio? —Se le iluminaron los ojos como a una niña.

—Muy en serio, claro que sí. —Paseó un dedo por su barbilla, bajando después por la clavícula y ella se estremeció en respuesta—. Y más tarde, pequeña Jane, dentro de unos meses o el próximo año, te pediré que te cases conmigo. —Ella tragó saliva, nerviosa, pero cuando intentó moverse, él la abrazó con más fuerza y la pegó a su pecho—. No estoy loco. Simplemente lo sé. La vida es así, ratita, hay cosas que uno sabe, como que el cielo es azul o que el pastel de zanahoria es el mejor del mundo —bromeó—, y yo sé que me casaré contigo.

Y la chica que soñaba con un anillo, cerró los ojos con una sonrisa antes de recostar la cabeza contra el pecho de Gabe y quedarse dormida escuchando el latir de su corazón.

FIN

Muy pronto...



Zoe Hill siempre ha soñado con trabajar en la sección de deportes de la revista Golden Millers y, ahora que por fin lo ha conseguido tras años de esfuerzo, no puede ser más feliz.

Pero eso está a punto de cambiar, porque cuando le piden que acompañe al equipo de hockey de los New York Rangers, no puede negarse. Lo que no esperaba era que Jaxon Baker, el capitán del equipo, fuese tan insufrible. Desde el primer instante, saltan chispas entre ellos. Zoe sabe que le quedan unas largas y duras semanas por delante de trabajo. Y Jaxon sabe que las mujeres como Zoe están destinadas a convertirse en una complicación y no está dispuesto a bajar la guardia cuando ella está cerca.

Pero ¿cómo resistirse a la innegable atracción que surge?

Próximamente...



Ya a la venta...

“La promesa de un beso” (ya a la venta)

Katie Wilson, la chica bonita de Sound River, se marchó del pueblo que la había visto crecer sin despedirse de sus dos mejores amigas y dejándole a su novio, James Faith, una corta nota pidiéndole perdón y el corazón destrozado.

Ahora, ocho años después y sin ningún otro lugar al que poder ir, ha regresado con los bolsillos vacíos. Las habladurías en el pueblo se han desatado y a pesar de que nadie sabe por qué se fue de allí, todos la juzgan. Especialmente James, que ahora es el dueño del rancho de los Faith, y que lo único que parece sentir por ella es rencor y ganas de vengarse. ¿Conseguirá Katie que las personas que amaba vuelvan a confiar en ella? ¿Logrará conquistar de nuevo el duro corazón de James?

OLIVIA KISS

Besos #1

*La
promesa
de un beso*



“La distancia entre dos besos” (ya a la venta)

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregárselo. ¿Será capaz de resistir la tentación?



“Solo un beso para encontrarte”

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?



“El amor está en el aire”

“¿Puede un flechazo en las alturas cambiar el destino de dos personas?”

El día que Lauren descubre que su novio le es infiel, decide tomarse un descanso e irse de vacaciones junto a su mejor amiga. Está cansada de ser una kamikaze emocional en el amor, pero, cuando se toma dos mojitos de más en el avión para calmar su miedo a volar, su lado más impulsivo vuelve a salir a flote. Y, sin ser consciente de lo que hace, termina metida en la cabina del piloto, el guapo Allan Parker, que, desconcertado, no puede dar crédito a lo que está ocurriendo en pleno vuelo... ni tampoco apartar los ojos de ella.



“Alguien que no esperas”

Patrick y Maya son amigos desde niños, a pesar de sus muchas diferencias. Él está acostumbrado a la popularidad en el instituto y a ser el centro de todas las miradas. Ella, por el contrario, es poco dada a ir a fiestas y está muy centrada en sus estudios. Pero, cuando están a solas, encajan de un modo perfecto.

Sin embargo, años después los dos han cambiado y cuando se reencuentran de nuevo al terminar la universidad en el pueblo donde crecieron juntos, Patrick descubre que Maya va a casarse. En teoría la noticia debería haberlo hecho feliz, pero no es así, ¿qué es lo que está ocurriendo?, ¿siguen siendo solo amigos...?



